

10636

E. Zola

Teresa

Raquin

RAMA refundido y
este en castellano por
uis Ruiz Contreras.

12

Madrid, 1899



Para el primer actor

V. Fuentes

de un atto

LRB

TERESA RAQUIN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

TERESA RAQUIN

DRAMA PASIONAL

escrito en francés por

EMILE ZOLA

REFUNDIDO

Y PUESTO EN LENGUA CASTELLANA

por

Luis Ruiz y Contreras

675150

MADRID: 1899

R. Velasco, imp., Márqués de Santa Ana, 20. --Teléf. 551

A

Enrique Sánchez de León

su verdadero amigo

Luis Ruiz y Contreras

1884

1884

OPINIÓN DE LA PRENSA



(De *La Correspondencia de España.*)

.....
El Sr. Ruiz Contreras, en el nuevo arreglo que anoche se aplaudió en el teatro de la Princesa, ha realizado un trabajo digno de sincero elogio por la sobriedad en el procedimiento y la sencillez de la forma.

La acción se desarrolla clara y naturalmente, sin perder en nada su intensidad dramática ni desmayar el interés un momento; el diálogo es de forma correcta, natural y fácil.

Tan atinada labor fué premiada con el aplauso de todos, y el Sr. Ruiz Contreras fué llamado á escena al terminar la representación.

En la interpretación del papel de Lorenzo ha alcanzado anoche D. Antonio Vico uno de los triunfos más grandes y más legítimos de su vida artística.

No es posible expresar con tanta grandeza y transmitir con tal intensidad trágica las angustias de la conciencia, sino á un artista de genio, á un actor inspiradísimo.

En la gran escena del acto tercero tuvo Vico acentos de una verdad tal y rasgos en la actitud y en el gesto, que llegaron á lo sublime del arte.

Hubo momento en que el terror expresado en una sencilla frase, en un ligero ademán, fué transmitido al auditorio entero con tan poderosa fuerza que el público en masa sintiendo algo así como una sacudida eléctrica, participó durante muchos segundos de la emoción sobria y justamente expresada por el actor, y al grito de espanto, repuesto ya el ánimo, sucedió el estruendo del triunfo, nunca más legítimo ni por arte más puro alcanzado.

En toda la escena mencionada, en todo el acto tercero y en el siguiente, cada frase, cada ademán, desprovistos de todo efectismo, de todo artificio de mala ley, eran motivo de una nueva ovación para Vico.

No recordamos—y al decir esto huimos de las exageraciones, hoy tan usuales en el elogio de los comediantes—ni en Antonio Vico, de cuyas portentosas creaciones somos fervientes admiradores, ni en actor alguno de los que nos ha cabido en suerte conocer, aquí ni fuera de aquí, un rasgo de tal fuerza dramática, en su hermosa sobriedad, como el que antes hemos consignado.

En la vida artística de Antonio Vico marcará la creación del Lorenzo de *Teresa Raquin* una fecha memorable.—R. BLASCO.

(De *El Liberal*.)

.....

La señora Calderón estuvo verdaderamente inspirada en el difícil papel de la protagonista, del que ha hecho un detallado y provechoso estudio, proporcionándole su exquisita labor justos y calurosos plácemes.

.....

Vico tuvo momentos de superior inspiración, que le proporcionaron frenéticos aplausos, de esos con

que el espectador interrumpe á veces el diálogo, arrebatado por la verdad maravillosa con que el artista dice y acciona.

.....
 Los intérpretes del drama fueron llamados á las tablas al final de todos los actos.

También fué objeto de igual distinción el Sr. Ruiz Contreras, á quien se debe el arreglo de *Teresa Raquin*, arreglo felicísimo, en que aquel distinguido escritor ha puesto nuevamente de manifiesto las excelentes dotes literarias que le adornan y el gran conocimiento que de la escena posee.—J. ARIMON.

(De *El Tiempo*.)

El Sr. Ruiz Contreras, distinguido y conocido literato, ha tomado sobre sí la ardua tarea de arreglar á la escena española el drama de Zola, *Teresa Raquin*, ya conocido de nuestro público.

.....
 Quería el Sr. Ruiz Contreras proporcionar á Vico ocasiones para mostrar una vez más su talento artístico, y puede envanecerse de haberlo logrado, porque en la representación de anoche estuvo el genial actor como sus mejores tiempos: subyugó por completo á su auditorio, lo llenó de terror con su gesto y supo trasladar á su rostro todos los sufrimientos y dolores del criminal que expía bajo el peso de su conciencia un delito que ha sabido ocultar á la justicia humana.

.....
Teresa Raquin debe llevar á todo Madrid al teatro de la Princesa, y de seguro quedará como una de las obras predilectas de Antonio Vico, que ha sabido alcanzar en ella uno de los mas señalados triunfos de su gloriosa carrera artística.—G. RANCÉS.

TERESA RAQUIN



Drama en cuatro actos y en prosa, representado por vez primera en el *Teatro de la Princesa*, por la Compañía que dirige **DON ANTONIO VICO**, en la noche del 21 de Noviembre de 1898

ESCENARIO

Habitación modesta y destartalada que sirve á un tiempo de sala y comedor. Muebles viejos y descoloridos, y sobre algunos, cajas de cartón apiladas. En el fondo: á la derecha la puerta de la alcoba, ancha y con viejas cortinas de color, recogidas, para que se vea dentro la cama; en el centro un aparador con vajilla y á la izquierda una puerta que conduce á las demás habitaciones de la casa. A la izquierda, segundo término, una ventana frente á la cual se alza un muro; primer término, una puerta de una hoja; entre la puerta y la ventana, un costurero. A la derecha, segundo término, el remate de una escalera de caracol, por la cual se va á la tienda que se supone debajo; primer término, chimenea con reloj de columnas, flores de trapo, espejo, fotografías, etc. En el centro, una mesa de comedor, redonda, con tapete de hule. Dos sillones distintos y deteriorados; sillas viejas.

PERSONAJES

ACTORES

TERESA.....	SRA. CALDERÓN.
SEÑORA RAQUIN..	RÍOS.
SUSANA.....	SRTA. SOLÍS.
LORENZO.....	SR. VICO.
MICHOD.....	VILLARINO.
GRIVET.....	SÁNCHEZ.
CAMILO.....	NORTES.

ACTO PRIMERO

Son las siete de la tarde, acabaron de comer y aún están en la mesa los platos sucios. La ventana abierta de par en par.

ESCENA PRIMERA

LORENZO, TERESA, la SEÑORA RAQUIN y CAMILO

Lorenzo, de pié, junto á la ventana frente al caballete que sostiene la tela, pinta el retrato de Camilo, el cual sentado en un sillón y vestido de levita, mantiene una posición embarazosa que indica su falta de costumbre de vestirse y de moverse con alguna corrección. Teresa, en una silla baja al lado de Lorenzo, con las mejillas apoyadas en las manos, encogida, mirando fijamente, deja volar su imaginación. La señora Raquin recoge los platos.

CAMILO (Después de un silencio.) ¿Te importa que hable?

LORENZO Habla si quieres, pero no te muevas.

CAMILO Después de comer, si no hablo, me duermo. Tú eres feliz, con tu buen estómago, puedes comer lo que te apetezca. Yo no he debido repetir; la crema siempre me hace daño. ¿Te gusta mucho?

LORENZO ¡Ya lo creo! Es tan dulce, tan rica...

CAMILO Conocemos tus gustos en esta casa. Hoy mismo, hicieron la crema por tí, sabiendo que me hace daño. Mi madre te mimó. ¿No es verdad, Teresa, que madre quiere mucho a Lorenzo?

TERESA (Sin apartarse de sus imaginaciones.) Sí.

SRA. RAQUIN No les haga usted caso, Lorenzo. Camilo me dijo que usted prefería la crema a la vainilla, y Teresa ha querido escarcharla.

CAMILO Eres una egoísta, madre.

SRA. RAQUIN ¡Como! ¿Yo egoísta?

CAMILO (A la señora Raquin que sale por el fondo llevando los platos y sonriendo satisfecha.) Sí, sí... sí... (A Lorenzo.) Te quiere mucho porque somos del mismo pueblo.

LORENZO Ha sido una dicha que nos hayamos encontrado en París.

CAMILO Contigo no me aburro; y antes me moría de aburrimiento. ¡Por las tardes, al volver de la oficina, encontraba mi casa tan triste!... ¿Tienes luz todavía?

LORENZO No mucha, pero veo aún.

CAMILO Serán cerca de las ocho. ¡Son tan largas las tardes de verano! Yo hubiese preferido que hicieras mi retrato al sol. Todo alegre; y en vez del fondo gris, un paisaje. Pero por la mañana es imposible perder tiempo en esas cosas. La oficina, la oficina... Oye; no debe ser muy conveniente, para la digestión, estarse quieto, así, después de comer.

LORENZO Hoy acabo; ya es el último día.

(La señora Raquin, entra con un paño y limpia la mesa.)

CAMILO Por la mañana, hubieras tenido mejor luz. Aquí no entra el sol, pero da en la pared de enfrente. No se qué idea tuvo mi madre al buscar una calle tan sombría. Esto es húmedo y los días de lluvia, estamos como en una cueva.

LORENZO ¡Bah! una tienda está bien en cualquier parte; lo que necesita es vender mucho.

CAMILO Eso es verdad; en la tienda se distraen ellas pero yo me aburro; un comercio de cintas de seda, cordones de corsé, y carretes de hilo, no es el mejor entretenimiento para un hombre.

LORENZO La casa es cómoda.

CAMILO No mucho. Sólo tenemos el gabinete de mi madre y esta sala, que sirve de comedor, de recibimiento y de dormitorio para Teresa y para mí. La cocina es un rincón oscuro; y por las noches, cuando hace frío, entra un airecito helado por esa maldita puerta de la escalera... (Señalando la de la izquierda, primer término.)

SRA. RAQUIN (Trayendo los platos limpios que deja sobre el aparador.) Mi pobre Camilo nunca está satisfecho. Quiso venir á París, y dejamos el pueblo contra mi voluntad. Al casarte con Teresa, debíamos pensar todos en el porvenir de la familia.

CAMILO Yo deseaba irme á vivir á una calle

por donde pasara mucha gente, para distraer mis ocios asomado á la ventana, viendo los coches y el bullicio... Una diversión muy agradable. Pero aquí sólo veo ese muro triste, que me ahoga. Preferiría mi casa del pueblo; por allí no pasan gentes ni coches; pero el río, el campo, los árboles...

SRA. RAQUIN Ya sabes que si quieres volver al pueblo, no tienes más que decirlo y estamos andando.

CAMILO No, ya no; desde que tuve la fortuna de tropezar á Lorenzo en las oficinas, me siento mejor en París. Después de todo, para el tiempo que me sobra, lo mismo es que la ventana sea triste ó alegre. ¿A vosotras os gusta esto? A mí también.

SRA. RAQUIN Entonces, no seas pesado y no me hables más de la casa. (Suena una campanilla, dentro.) Entran en la tienda; ¿no bajas, Teresa? (Teresa continúa inmóvil como si no hubiese oído.) Bajaré yo. (Baja por la escalera de caracol.)

ESCENA II

LORENZO, TERESA, CAMILO

CAMILO No quiero contrariar á mi madre, pero este sitio es mal sano y temo enfermar del pecho. No soy robusto como vosotros. (Un momento de silencio.) Oye: ¿no podríamos descansar un poco? Se me ha dormido el brazo izquierdo.

LORENZO Si prefieres... Ya solo faltan algunas pinceladas.

CAMILO ¡No puedo más! Necesito estirar las piernas. (Se levanta y se acerca a Teresa.) No he comprendido nunca, Teresa, cómo puedes estar horas y horas, tranquila, inmóvil y sin decir palabra. Oye, Lorenzo; ¿a tí no te crispa mirarla siempre á tu lado en actitud soñadora?... ¡Eh!... ¡Teresa! Muévete, sacúdete... anda... ¿Te diviertes mucho en esa postura?

TERESA (Sin moverse.) Sí.

CAMILO ¡Bueno! (A Lorenzo.) Cuando su padre la dejó en casa de mi madre, ya tenía los ojos rasgados, penetrantes, que me daban miedo. ¿Y su padre? ¡Oh! ¡El teniente Degans! ¡Un hombre terrible! Murió en Africa... ¿No es verdad, Teresa?

TERESA (Sin moverse.) Sí.

CAMILO ¿Ves? No derrocha palabras. Pero es buena, muy buena, y la quiero. Desde que mi madre nos casó, no hemos reñido nunca. ¿Te molesto?

TERESA (Sin moverse.) No.

LORENZO (Dando unos golpecitos con el tiento sobre un hombro de Camilo.) Anda, Camilo; diez minutos nada más (Camilo se sienta) Inclina el cuerpo... Así... la cabeza erguida... Bien... Ahora, no te muevas.

CAMILO ¿Sabes algo de tu padre?

LORENZO No se preocupa de mí. Además, yo tampoco le escribo.

CAMILO ¡Entre un padre y un hijo tanta indiferencial... Yo no sabría vivir así.

LORENZO Mi padre tiene ideas muy extrañas y es muy autoritario. Quiso que yo estudiara leyes para encargarme de los pleitos que sostiene con sus vecinos. Cuando supo que yo gastaba el dinero de las matrículas, recorriendo talleres de pintura, me suprimió los víveres. No es muy divertido ser abogado.

CAMILO Sin embargo, es una bonita carrera.

LORENZO Encontré á uno de mis compañeros del colegio, y me hice pintor como él.

CAMILO Si hubieras terminado la carrera de leyes, tal vez serías ya un personaje.

LORENZO Harto de pasar hambre, busqué un destino.

CAMILO ¿Y seguiste pintando?

LORENZO Poco. Lo que me gustaba de la pintura, era el reposo, la independencia del taller... ¡Oh! Aun lo recuerdo, aquel taller, con un diván para dormir la siesta. ¡Nos hemos divertido mucho!

CAMILO Y... ¿teníais modelos?

LORENZO ¡Vaya! Iba una muchachita rubia... ¡preciosa! (Teresa se levanta, y andando despacio se acerca á la escalera de caracol y baja á la tienda.) ¿Ves? Tu mujer se va por no oírnos. La espantamos con esa conversación.

CAMILO ¡Ah! ¿Tú supones que nos escuchaba? Ni sabía de qué hablabamos. Está muy distraída, casi atontada; pero me sirve muy bien; sabe cuidarme cuando estoy enfermo. Mi

madre la enseñó, y no habría para mí otra como ella.

LORENZO Creo que la disgusta verme.

CAMILO No hagas caso... Las mujeres... ¿No acabas aún?

LORENZO Sí; ya puedes levantarte.

CAMILO (Acercándose á ver su retrato.) ¿Ya no falta nada?

LORENZO El marco, nada más

CAMILO Ha salido muy bien. ¿Eh? (Acercándose á la escalera de caracol. A voces.) ¡Madre! ¡Teresa! ¡Subid á ver el retrato! Ya se acabó.

ESCENA III

LORENZO, CAMILO, SEÑORA RAQUIN, TERESA

SRA. RAQUIN ¿Ya está?

CAMILO Sí. Miradlo.

SRA. RAQUIN (Mirando el retrato.) ¡Cómo se parece! La boca sobre todo; la boca está muy bien... Teresa, ¿te gusta?

TERESA (Sin acercarse.) Sí. (Se apoya en la ventana.)

CAMILO ¿Y la levita? ¡La levita de boda que sólo he llevado cuatro veces! El cuello parece de paño, de paño...

SRA. RAQUIN ¿Y el brazo del sillón?

CAMILO ¡Asombroso! De madera.. Es mi sillón, el mismo que trajimos del pueblo; nadie lo usa más que yo; el de madre es diferente.

SRA. RAQUIN (A Lorenzo, que ha recogido el caballete y guardado la paleta y las pinturas y pinceles en su caja.) ¿Por qué puso usted una mancha negra en el ojo izquierdo?

LORENZO Es la sombra.

CAMILO (Poniendo el retrato en el caballete que dejó Lorenzo apoyado entre el aparador y la puerta del fondo izquierda.) Quizá estaría mejor sin la sombra; pero de todas maneras, resulta un aire distinguido; parece que estoy en visita.

SRA. RAQUIN Y ¿cómo agradecerle á usted lo que hizo por nosotros? Ni siquiera consiente que paguemos los colores...

LORENZO Yo debo agradecer á Camilo que se preste á servir de modelo.

CAMILO No, no; hay que hacer algo; hay que festejar la obra. Voy á comprar unas botellas.

LORENZO Bueno. Yo iré á buscar el marco. Es jueves; han de venir Grivet y los Michod, y quiero que vean el retrato en su puesto. (Se va por la escalera de caracol, llevándose el retrato. Camilo se quita la levita, se muda la corbata, y se pone una chaqueta que le ofrece su madre.)

ESCENA IV

TERESA, SEÑORA RAQUIN, CAMILO

CAMILO ¿Qué traigo?

SRA. RAQUIN Algo que le guste á Lorenzo. ¡Es tan bondadoso! Me parece uno más de la familia.

CAMILO Sí; un hermano... ¿Una botella de anisete?

SRA. RAQUIN ¿Le gustará el anisete? Acaso fuera mejor un vino blanco y pasteles.

CAMILO (A Teresa.) Tú no dices nada... Oye; ¿sabes si le gusta el Jerez?

TERESA (Apartándose de la ventana.) Le gusta todo; come y bebe cuanto se le pone delante.

SRA. RAQUIN Hija mía...

CAMILO Regáñala. No le puede tolerar; y Lorenzo lo nota y me lo ha dicho. Esto es muy desagradable... Y siento que te opongas a mis amigos... ¿Tienes algo que reprocharle?

TERESA Nada. Viene a todas horas; come y cena en esta casa; le dáis las mejores tajadas y se lo consultais todo: Lorenzo por aquí, Lorenzo por allá. Esto, me disgusta. Es tragón y perezoso: no me divierte.

SRA. RAQUIN Sé compasiva, Teresa; Lorenzo es un desdichado, habita en una bohardilla y come muy mal en una taberna. Me satisface verle comer bien en nuestra casa: está sólo en el mundo.

TERESA Hagan lo que gusten, al fin y al cabo.. Acarícielo, agaságenlo... Yo siempre vivo contenta y todo me parece bien.

CAMILO ¡Se me ocurre una cosa! ¡Champagne! Voy a traer champagne.

SRA. RAQUIN ¡Sí, sí! Pero, no te olvides de los pasteles.

CAMILO Es temprano. Los tertulios tardarán aún... ¡Que les sorprenda encontrarse

con unas copas de champagne! (Se va muy satisfecho por la escalera de caracol.)

SRA. RAQUIN Enciende luces. Yo, entretanto, voy á la tienda. (Baja la escalera de caracol. Teresa, queda un momento inmóvil, y al verse sola, respira con ansia, como si la hubiesen librado de mortal angustia, como si todos los que la rodeaban la tuviesen aburrida. Se acerca luego á la puerta de la izquierda; escucha, sonr'e con placer, poseída por ideas felices. Abre la puerta y entra Lorenzo. La noche va cerrando.)

ESCENA V

TERESA, LORENZO

LORENZO ¡Teresa!...

TERESA ¡Tú! ¡Mi Lorenzo! El corazón te adivinaba. ¡Vuelves, amor mío! (Le coge las manos y se las acaricia, conduciéndole al primer término.) Ocho días, sin vernos á solas. Aguardándote siempre. ¡Ah! Si hoy no hubieses venido tu pobre Teresa hiciera sin duda un disparate. ¿Por qué tanto tiempo? En presencia de todos, ni me atrevo á mirarte, y sufro...

LORENZO Teresa... No siempre hay ocasión.

TERESA ¡Tienes miedo! Yo no tengo miedo. ¿Pueden suponer qué nos amamos? ¿qué nos vemos aquí?

LORENZO (Estrechándola en sus brazos.) Sé razonable... No... no me da miedo venir á esta casa como un ladrón.

TERESA Entonces, ¿por qué tiemblas? ¿Temes que te ame demasiado? ¿Que sea un estorbo en tu vida?

LORENZO ¿Por qué dudas, Teresa? ¿Por qué dudas de mi amor? ¡Si hasta mi sueño es tuyo! Me haces enloquecer; estoy loco por tí, ¡yo, que me burlaba de las mujeres. Lo que me inquieta, es que has despertado en el fondo de mi alma pasiones de la que no me creía capaz. Por eso tiemblo, por eso no estoy tranquilo. Amándote como te amo, me doy miedo; tengo miedo á mi pasión, que me puede llevar más lejos de lo que yo quisiera.

TERESA (Apoyando su cabeza en un hombro de Lorenzo.) ¡Un goce sin fin!

LORENZO (Apartándola rápidamente.) ¿Oíste? Ruido en la escalera... Suben... Escucha.

TERESA No son pasos; crujen las tablas, retorciéndose con la humedad.

LORENZO ¡Como crujen mis huesos estremecidos á tu contacto! (se le acerca Teresa y vuelven á mirarse.) ¡Qué delicia, si nos pudiéramos amar sin remordimientos!

TERESA ¿Por qué no?

LORENZO ¡Pobre Teresa mía!

TERESA Me hicieron desdichada. He pasado la niñez junto á la cama de un enfermo; horas enteras, agachada sobre la lumbre, mirando estúpidamente como hervían los cocimientos. Sintíendome robusta, quise muchas veces huir, vagando por los caminos. La tía Raquin me había recogido: pero su hospitali-

dad era odiosa para mí. (Lorenzo, temeroso, se acerca á la escalera de caracol, y escucha; luego vuelve junto á Teresa.)

LORENZO Habla más bajo, que no te oigan desde la tienda.

TERESA ¡Qué me oigan! ¡Mejor para ellos! No sé como consentí en casarme con Camilo. La tía Raquin tiene la culpa de todo. Adorando á su hijo enfermo, buscaba sólo una mujer que hiciera bien los cocimientos y las curas: una criada; para eso me educó. Nunca me quejé; me habían vuelto cobarde. Ahora, tampoco me quejo y le sirvo... Pero tú... tú... ¡Lorenzo mío! Ahora noto más la humillación. ¡Porque te quiero!

LORENZO ¿Me quieres mucho?

TERESA ¡Sí, mucho! Desde que te traje Camilo á la tienda una tarde, al salir vosotros de la oficina, ¡desde entonces! Al principio, me pareció que te odiaba, tu presencia me hizo sufrir muchas veces, y deseando y temiendo que llegaras, pensé mucho en tí. Sola, con tu recuerdo, te sentía, me dominabas; era tuya, ¡sin haberlo sido aún!

LORENZO ¡Te adoro! ¡Te adoro!

TERESA Por tí vinieron á jugar los jueves el inocente Grivet y el viejo Michod. ¡Qué horas tan imbéciles, mientras vosotros jugábais! Desde que fuiste mío, mientras jugais, evoco mis recuerdos. Puedo mirarte y oírte: soñando soy feliz.

LORENZO (Temeroso, levantándose.) Hablas muy

alto y vas á conseguir que nos oigan... Si la señora Raquin sospechara... (Escucha junto á la escalera de caracol, y vuelve apresurado.) Mi sombrero, ¿dónde puse mi sombrero?

TERESA No temas: no sube. (Se acerca tranquilamente á la escalera de caracol y escucha. Luego vuelve al proscenio, bajando la voz.) Sí; ya es prudente que te vayas. Pero mañana quiero verte. ¿A las dos? Aquí, solos.

LORENZO No me aguardes, no es posible.

TERESA No es posible... ¿por qué?

LORENZO Mi jefe me ha dicho que si faltaba de la oficina con tanta frecuencia, me dejaría cesante.

TERESA ¿No podremos vernos, á solas, nunca? ¡Eso es romper conmigo! A eso conduce tu prudencia; á prescindir de mí. ¡Ah! ¡Miseria, miseria! ¡Eres un cobarde!

LORENZO (Acariciándola.) ¡No! Aun podemos confiar... Con paciencia... Una circunstancia favorable... (Silencio. Mirándola muy apasionadamente.) Algunas veces he imaginado tenerte un día, un día entero junto á mí. Después, mi deseo iba dominándome y ansiaba un mes de felicidad, un año... ¡la vida entera!... Oye. ¡La vida, toda la vida para querernos! ¡Toda la vida para estar juntos! Yo dejaría mi destino, pintaría en casa, cerca de tí, mientras tú bordarías ¡á mi lado! Siempre, siempre juntos; ¡y toda la vida para ser felices! ¿No serías feliz?

TERESA ¡Oh! ¡Muy feliz!

LORENZO (Bajando la voz.) Si enviudaras...

TERESA (Soñadora.) Nos casaríamos. Entonces nada nos daría miedo; nuestro delirio sería realidad...

LORENZO Ha cerrado la noche: sólo veo en la sombra tus ojos; tus ojos, que brillan y abrazan como dos hogueras; tus ojos, que me hacen enloquecer. Tus ojos, Teresa... ¡Y llega el momento de separarnos! ¡Adiós!

TERESA ¿Volverás mañana?

LORENZO No confíes. Pero mientras dejamos de vernos, trabajemos para que nuestra dicha se logre. (La besa y sale por la puerta de la izquierda.)

TERESA (Delirando, fasciada.) ¡Viudal!

ESCENA VI

TERESA, SEÑORA RAQUIN, luego CAMILO

SRA. RAQUIN (Subiendo de la tienda.) ¡Cómo! ¿No has encendido luz? ¡Ah! Soñadora... Voy á buscar el quinqué y encenderlo. (Vase por la puerta del fondo izquierda.)

CAMILO (Subiendo de la tienda con una botella de champagne y un paquete de pasteles.) ¿Dónde estáis? ¿Por qué no habéis encendido una luz?

TERESA (Con la voz alterada por sus emociones de amor.) Tu madre fué á buscarla.

CAMILO (Temblando.) ¡Teresa!... Me diste miedo. Tu voz... tu voz.. Pudiste contestar natu-

ralmente. Las bromas á oscuras, ya lo sabes, molestan.

TERESA No he fingido la voz.

CAMILO Te veía como un bulto blanco; un fantasma, y de pronto esa voz lastimera... Si á media noche me despierto, la imagen me desvelará. Una sombra de mujer, blanca, dolorida, paseándose alrededor de mi alcoba para estrangularme... ¡Sí! ¡Ríete, ríete ahora!

TERESA ¡No me río!

SRA. RAQUIN (Entrando con el quinqué encendido.)
¿Qué sucede?

CAMILO Teresa me asusta, y se divierte viéndome temblar. A poco suelto la botella, y la rompí. Tres francos perdidos.

SRA. RAQUIN ¿Sólo te ha costado tres francos? (Coge la botella y la mira.)

CAMILO Sí; he ido á un comercio donde ví hace días el anuncio. Es tan bueno como el de ocho francos. Los comerciantes son unos bandidos; el producto es todo igual, solamente cambian las etiquetas. Aquí están los pasteles.

SRA. RAQUIN Dame. Voy á ponerlo todo á la vista, para que Grivet y los Michod se sorprendan al entrar. Teresa, dame dos platos. (Coloca la botella en el centro, y á uno y otro lado, en los dos platos, los pasteles. Luego, Teresa se acerca al costurero y se pone á bordar.)

CAMILO El señor Grivet es muy puntual; no se descuida ni un minuto. Sed obsequiosas, agasajadle; no es más que jefe de Negociado, pero cuando llegue la ocasión, puede servirme

y ayudarme para el ascenso. Le respetan mucho en la oficina. Durante veinte años, ni una sola vez ha faltado; á la hora en punto, allí está. Lorenzo dice que es tonto, pero el señor Grivet nada tiene de tonto.

SRA. RAQUIN También Michod es puntual. En el pueblo, cuando era Comisario de policía, ¿os acordáis? á las ocho en punto, en punto: él.

CAMILO Pero desde que se ha jubilado y vive con su sobrina en París, ya no es el mismo. Susana le maneja á su gusto. (Transición.) Una vez á la semana se puede recibir á los amigos; con más frecuencia, saldría muy caro... ¡Ah! Se me olvidaba; por el camino he pensando una cosa.

SRA. RAQUIN ¿Qué cosa?

CAMILO Ya sabes que prometí á Teresa llevarla un domingo al campo. No quiere salir nunca por las calles conmigo, y las calles me parecen más divertidas que los bosques: pero dice que no sé andar. Pues, bien: el próximo domingo iremos al campo.

SRA. RAQUIN No cuentes conmigo; ya no tengo fuerzas para estar de paseo todo un día. La idea es buena, y Lorenzo puede acompañaros.

CAMILO ¡Ah! Sí; Lorenzo en el campo es muy gracioso y muy divertido. ¿Te acuerdas, Teresa, de aquella tarde que salió con nosotros? ¡Cómo saltaba! ¡Y qué lejos tira las piedras! ¡Y cómo sube á los árboles! Montado en

un bastón imitaba el galope del caballo, el crujir de la fusta, las voces del cochero... Encontramos una boda, y todo el mundo reía con las gracias de Lorenzo. La novia, sobre todo... ¿es verdad, Teresa?

TERESA Ya podía estar alegre, habiendo bebido como un...

CAMILO ¡Sí! ¡Eso! Tú no comprendes que nadie se alegre. Sólo contigo en el campo, me aburriría horriblemente. Lorenzo me hace reír. (Pausa.) Teresa, sentada en el suelo, silenciosa, no hace más que ver cómo corre el agua. Y así pasa las horas, con los ojos puestos en el río. Después de todo, Lorenzo me distrae, me anima... ¿Dónde habrá ido á buscar el marco?

ESCENA VII

SEÑORA RAQUIN, TERESA, CAMILO y LORENZO,
con el retrato puesto en un marco, por la escalera de
caracol

LORENZO ¡No acababan! Al fin me lo entregaron. (Viendo á Camilo y á la señora Raquin cuchicheando.) Apuesto á que proyectan algo bueno.

CAMILO Adivina.

LORENZO Que mañana me convidaréis á comer y habra pollo con arroz.

SRA. RAQUIN ¡Glotón!

CAMILO El domingo voy al campo con Teresa, y tú nos acompañarás. ¿Aceptas?

LORENZO ¡Vaya si acepto!

SRA. RAQUIN Sobre todo, no hacer imprudencias. Lorenzo, usted cuidará de Camilo. Como usted es robusto y ágil, me tranquiliza pensar que le acompaña.

CAMILO Mi madre siempre con sus temores. No puedo cruzar la calle sin que imagine alguna desgracia. No está bien que me trate como á un chiquillo... Iremos en coche hasta la muralla; una carrera; luego, por el camino, andando; almorzaremos en una fonda, y por la tarde comeremos á la orilla del río. ¿Eh? ¿Os gusta?

LORENZO Mucho; pero aun se puede completar el programa.

CAMILO ¿Cómo?

LORENZO Dando un paseo en lancha.

SRA. RAQUIN No, nada de lancha; yo no quedaría tranquila.

TERESA (Con ironía.) No tema usted; Camilo no se decide á meterse en una lancha. Es demasiado miedoso.

CAMILO ¡No soy miedoso!

LORENZO Es verdad. Olvidé que tenías miedo al agua. En el pueblo, cuando nos bañábamos en el río, tú, en la orilla, temblabas de mirarnos... Bien. Suprimido el paseo en lancha.

CAMILO ¡No digáis que tengo miedo! Ya veréis cómo voy muy tranquilo. ¡Qué diablo; entre todos acabaréis por hacerme imbécil! A ver quien será más cobarde. ¡Teresa tiene miedo al agua!

TERESA ¡Yol Tú sí que sólo de pensarlo, ya palideces.

CAMILO Búrlate ahora; pero .. ¡allí veremos!

SRA. RAQUIN ¡Camilo, mi buen Camilo, renuncia, por mi tranquilidad, á ese proyectol

CAMILO Madre: te ruego que no me contradigas; ya sabes que si me contradicen es peor.

SRA. RAQUIN Que decida Teresa.

TERESA ¿Yo? Después de todo, no se trata de nada extraordinario...

SRA. RAQUIN Pero el peligro...

LORENZO Lo hay en todas partés, á todas horas... Puede un hombre resbalar en la calle; puede caerle una teja... Un accidente amenaza cuando está uno más tranquilo; sin moverse de casa... un incendio...

TERESA No hay más temores en el agua. ¡Y me gusta mucho el río!

LORENZO (A Camilo.) Has ganado. Iremos en lancha.

SRA. RAQUIN Ese paseo me preocupa. Ya conocéis el carácter voluntarioso de Camilo, y si le da por hacer valentías...

LORENZO No tenga usted cuidado: yo estaré con él, y si ocurriese la menor cosa... que no puede ocurrir.. (Transición.) Antes que vengan, voy á colocar el retrato. (Lo cuelga de una escarpia que habrá á la izquierda del aparador, á conveniente altura para que pueda Lorenzo colgar y descolgar el retrato sin dificultad.)

CAMILO ¿Ahí tiene buena luz? (Dan las nueve)
La hora del señor Grivet.

ESCENA VIII

TERESA, SEÑORA RAQUIN, LORENZO, CAMILO
y GRIVET, por la escalera de caracol; trae paraguas.

GRIVET Llego el primero. Buenas noches. Saludo á las señoras y á los caballeros.

SRA. RAQUIN Buenas noches, señor Grivet. Deje usted el paraguas. ¿Llueve?

GRIVET No, pero está muy nublado... (La señora Raquin va á dejar el paraguas á la izquierda de la chimenea.) No, en ese rincón, no; en el otro; ya sabe usted mi costumbre... Gracias. Me gusta ver cada cosa en su sitio. Así, nada me inquieta.

CAMILO ¿Que dice de nuevo el señor Grivet?

GRIVET Salí de las oficinas á las cuatro y media: he comido á las seis: he leído los periódicos á las siete, en el café de Saturno; y como es jueves, en lugar de irme á dormir á las nueve en punto, como lo tengo por costumbre, vine aquí... (Reflexionando.) Eso es todo, según creo.

LORENZO Y, al venir, ¿no ha visto usted nada interesante ó curioso?

GRIVET He visto mucha gente, un grupo inmenso, en la calle de San Andrés, y me ha contrariado, forzándome á cambiar de acera. Ustedes comprendan. Por la mañana voy á la oficina, por la acera de la derecha, y por la tarde vuelvo por la otra...

SRA. RAQUIN Por la de la izquierda.

GRIVET No; (levantándose y andando.) por la mañana, voy, así... llevando la derecha. Y por la tarde vuelvo (Da la vuelta y anda en sentido contrario) así... llevando también la derecha. Nunca dejo la derecha.

LORENZO Eso es muy cómodo. Y ¿que hacía la gente reunida en la calle de San Andrés?

GRIVET Ignoro..

SRA. RAQUIN Alguna desgracia...

GRIVET ¡Eso! Una desgracia, sin duda. Eso me pareció que decían: pero no sé á punto fijo... (Se sienta junto á la mesa del centro, a la derecha.)

SRA. RAQUIN Ya llega el señor Michod.

ESCENA IX

TERESA, SEÑORA RAQUIN, LORENZO CAMILO GRIVET, y MICHOD y SUSANA por la escalera de caracol

Susana se quita el chal y el sombrero, y se acerca á Teresa con la cual habla en voz baja. Teresa continua trabajando. Michod, da la mano á todos

MICHOD Creo que nos retrasamos un poco. (Deteniéndose frente a Grivet, que ha sacado su reloj y se lo presenta con aire triunfal.) Las nueve y seis minutos. Susana tiene la culpa. Se para en todas las tiendas. (Va á poner el bastón con el paraguas de Grivet.)

GRIVET Perdone usted; este sitio es el de mi paraguas. Puede usted dejar su bastón... al otro lado; es lo mismo, la misma chimenea.

MICHOD Bien, bien; no riñamos por tan poco. (Deja el bastón.)

CAMILO (Aparte á Lorenzo.) El señor Grivet, ha visto la botella de champagne y no dice nada... ¿Le habrá disgustado que yo me permita ese lujo?

LORENZO No la habrá visto aún.

MICHOD ¡Caramba! ¡Ustedes quieren mandarnos á casa dando tumbos! Pasteles y champagne.

GRIVET ¡Hola! ¡Champagne! Solo dos veces lo he bebido en mi vida.

MICHOD ¿Qué santo se festeja?

SRA. RAQUIN Festejamos el retrato de Camilo que Lorenzo ha terminado ya. (Coge el quinqué para alumbrar el retrato.) Vean ustedes. (Todos la siguen, menos Teresa que no abandona su bordado y Lorenzo que se apoya en la chimenea.)

CAMILO Está muy bien. ¿Eh? parece que hago visita.

MICHOD Sí, sí.

SRA. RAQUIN Aun se huele la pintura.

GRIVET Eso es lo que yo noté al entrar... Un olor... Sí. La fotografia tiene la ventaja de que no huele.

CAMILO Pero cuando la pintura está seca...

GRIVET Oh, cuando está seca... y no tarda mucho. Sin embargo, yo vi pintár una tienda que tardó cinco días en secarse.

SRA. RAQUIN (A Michod.) ¿De modo que le parece bien?

MICHOD Muy bien, muy bien. (vuelven, y la señora Raquin deja el quinqué sobre la mesa.)

CAMILO Si nos dices el té ahora, tomaríamos el champagne despues de la partida de dominó.

GRIVET (Sentándose.) Las nueve y cuarto ya.

SRA. RAQUIN Cinco minutos. Como Teresa no está bien, que no se mueva.

SUSANA Yo ayudaré, señora; me gusta mucho hacer las cosas de casa. (Vause las dos por el fondo izquierda.)

ESCENA X

TERESA, LORENZO, CAMILO, GRIVET y MICHOD

CAMILO Y usted, ¿no cuenta nada nuevo, señor Michod?

MICHOD Sí, hombre, ¿no tienen ustedes noticias del drama de la calle de San Andrés?

CAMILO ¿Qué drama? El señor Grivet sólo dijo que había mucha gente en la calle.

MICHOD Está llena desde muy temprano. (A Grivet.) La gente levanta la cabeza, ¿es cierto?

GRIVET No he visto... Al cambiar de acera no he reparado...

MICHOD ¡Sí! En el hotel Borgoña; en la maleta de un viajero que ha desaparecido, se ha encontrado una mujer hecha pedazos.

GRIVET ¿Es posible?

CAMILO Sí: ¡es horroroso!

GRIVET Ahora recuerdo: sí, la gente levantaba la cabeza. Pero, ¿veían algo en el aire?

MICHOD Veían la ventana del cuarto donde habitó, según dicen, el viajero de la maleta.

LORENZO ¿Y el viajero no parece?

MICHOD No. La justicia no tiene datos de qué servirse.

LORENZO ¿Y la víctima, fué identificada?

MICHOD Tampoco. Está desnuda y le falta la cabeza.

GRIVET La perdería.

CAMILO ¡Por Dios! ¡Basta, por Dios! Ese crimen espantoso me horroriza, me hace temblar...

GRIVET ¡Oh! Tener miedo cuando no se corre peligro. Miedo, ¿por qué? Michod cuenta historias muy extrañas de cuando era policía. ¿Se acuerda usted del gendarme enterrado en una huerta, cuyas manos aparecieron entre dos lechugas? Eso es muy entretenido. Y como tenemos la seguridad absoluta de que nadie ha de asesinarnos aquí... En un bosque... ya no me agradaría tanto pensar en esas cosas; no, si me hallase con Michod en un bosque al anochecer, le rogaría que se callara.

LORENZO Y ese crimen, ¿quedará impune?

MICHOD ¡Tantos otros quedan!

LORENZO ¿Muchos?

MICHOD Por desgracia, sí. Las desapariciones, las muertes lentas, la extrangulación, tan-

tas formas del crimen, siniestras y misteriosas, que no producen un sólo grito ni una mancha de sangre... La justicia no ve rastro, y sigue... Hay más de un asesino que se pasea tranquilamente y vive como un hombre honrado, en familia, en sociedad. ¡Vaya!

GRIVET La justicia coge á los asesinos.

MICHOD Cuando sabe que lo son; pero, ¡hay tantos crímenes ignorados!

GRIVET ¿Y de qué sirve la policía?

MICHOD La policía cumple con su deber, pero no hace imposibles. Hay asesinos bastante maliciosos ó bastante afortunados, de los cuales nada se puede sospechar, y viven como usted y como yo...

GRIVET Déjeme usted en paz. No lo creo.

MICHOD Acaso trate usted alguno de esos hombres, y le dé la mano todos los días.

GRIVET ¡Cómo viene usted esta noche!

CAMILO (A Lorenzo, buscando una opinión que le tranquilice.) ¿Tú piensas que puede ser verdad eso? ¿Que un hombre mate y no lo descubran?

LORENZO ¿Yo?... ¿No ves que se burla de vosotros? Quiere asustaros con sus historias. (Se acerca á Teresa.) ¿Que hay crímenes y criminales de los que no se puede sospechar absolutamente nada? Pues, ¿cómo tuvo noticia de que existen el señor Michod? Y si alguno fuera tan afortunado y tan hábil... (Transición.) Mira, Teresa es menos crédula que tú.

TERESA Lo que se ignora no existe.

CAMILO Hubiera sido mejor hablar de otra cosa.

GRIVET Hablemos de otra cosa.

CAMILO ¿No traen el té?

MICHOD La señora Raquin se habrá dormido en la cocina.

GRIVET (Sacando el reloj.) ¡Cinco minutos... y ha pasado un cuarto de hora!

MICHOD ¿Vamos á sorprenderla?

CAMILO Sí, sí.

GRIVET De puntillas.

MICHOD Y en silencio... ¡Pcht!

CAMILO (sonriendo.) ¡A ver si se asustan! (Entran los tres por la puerta del fondo, izquierda.)

ESCENA XI

LORENZO, TERESA

LORENZO (Cogiendo bruscamente una mano á Teresa y bajando la voz.) ¿Juras obedecerme?

TERESA Sí, Lorenzo; soy tuya; puedes hacer de mí lo que quieras.

LORENZO Acuérdate de lo que has dicho; lo que se ignora, no existe... ¡Cuidado! (se aparta, y Teresa vuelve a su actitud, bordando.)

ESCENA XII

TERESA y LORENZO. La SEÑORA RAQUIN y SUSANA trayendo el té. GRIVET, MICHOD y CAMILO

SUSANA El té.

SRA. RAQUIN A sentarse. (Se sientan; Grivet, á la derecha; Lorenzo, á la izquierda de Grivet; la señora Raquin, á la izquierda de Lorenzo, en su sillón; Michod, frente á ella; á la izquierda, y en su sillón, Camilo. Teresa no abandona su labor y Susana lleva dos tazas de té al costurero.)

CAMILO (Sentándose.) Ya estoy en mi puesto. (A la señora Raquin) Dame la caja de dominó.

GRIVET ¡Es un gusto! Los jueves, apenas despierto, me digo: Por la noche me toca ir á jugar al dominó en casa de los Raquin.

SUSANA (A Grivet.) ¿Quiere usted azúcar?

GRIVET Dos terrones. Gracias.

CAMILO (A Teresa) ¿No te acercas?

SRA. RAQUIN (Dándole á su hijo la caja de dominó que ha sacado de un cajón del aparador.) No le digas nada, hoy no se encuentra bien. Además, ya sabes que no la gusta el dominó.

CAMILO Es molesto, cuando todo el mundo se divierte aquí, ver á Teresa triste, apartada y silenciosa, como si tuviese algún disgusto.

SRA. RAQUIN A jugar.

CAMILO ¿Está cada uno en su puesto?

MICHOD Sí; esta noche daré á ustedes una paliza.

CAMILO ¡Veremos! (Echa las fichas en la mesa y las revuelve con ruido.)

GRIVET Lorenzo no juega; pero está prohibido aconsejar á nadie; que mire y tenga disimulo. A veces un gesto cualquiera... (Cogen fichas y las miran.) ¡Yo empiezo! ¡El seis doble! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Son las diez de la noche; el quinqué está encendido. Ha pasado un año sin mudar nada en la habitación. La misma paz, la misma intimidad. La señora Raquin y Teresa visten de luto.

ESCENA PRIMERA

TERESA, SEÑORA RAQUIN, SUSANA, LORENZO, GRIVET y MICHOD, sentados todos como al fin del primer acto; el sillón de Camilo está vacío. Susana sirve el té

LORENZO Es preciso que se distraiga usted de algún modo, señora Raquin. Deme usted la caja del dominó.

SUSANA (A Grivet.) ¿Quiere usted azúcar?

GRIVET Dos terrones. Gracias. No hay otra como Susana para endulzar el té.

SRA. RAQUIN (Dando á Lorenzo la caja del dominó.) Aquí está el dominó.

LORENZO Siéntese usted, señora Raquin. (Se sienta la señora.) ¿Está cada uno en su puesto?

MICHOD Sí. Esta noche daré á ustedes una

paliza. Con permiso, un poquito de ron para el té. (Lo echa.)

LORRENZO ¡A empezar! (Vuelca las fichas con estrépito; las revuelven y cada cual toma las siete suyas.)

GRIVET Es un gusto jugar así... ¡Eh! señor Michod, cuidadito con las trampas. (un silencio; cada uno coloca sus fichas.) No tengo el seis doble.

SRA. RAQUIN (Rompiendo á llorar.) No puedo, no puedo. (Lorenzo y Michod se levantan, y Susana se acerca.) Cuando veo á todos, como hace un año, alrededor de la mesa, mi corazón se desgarrá. ¡Pobre Camilo! ¡Ahí estaba siempre!

MICHOD Señora; sea usted razonable.

SRA. RAQUIN Perdóneme usted; pero no puedo... Ustedes recuerdan cómo gozaba jugando al dominó. El volcaba las fichas.. Lorenzo, en este instanté, ha cogido la caja como él, ¡como él!... Y cuando yo no venía pronto á sentarme, se impacientaba. ¡Oh! ¡Nuestras veladas tranquilas!... Y ahora, el sillón vacío... ¡Vacío para siempre!

MICHOD Amiga, si no tiene usted resignación, acabará enfermando.

SUSANA (Besándola) No llore usted, no llore usted. ¡Nos da tanta lástima!

SRA. RAQUIN Tienen razón; debo... reprimirme... (Llora.)

GRIVET Será mejor que no juguemos. Es una desgracia, que tanto dolor no sirva para devolverle á su hijo.

MICHOD Todos somos mortales.

SRA. RAQUIN ¡Ah!

GRIVET Venimos para distraerla.

SRA. RAQUIN Olvidar... olvidar; haré lo posible para conseguirlo.

GRIVET Sí; ¡qué diablo! Juguemos á diez céntimos la partida. ¿Quiere usted?

LORENZO Sí; dentro de un rato. Déjenla reponerse, tranquilizarse. Todos lloramos aquí, en esta casa, la muerte de nuestro pobre Camilo.

SUSANA Sí; todos le lloramos aún. (Sentándose sobre las rodillas de la señora Raquin.) ¿Oye usted, señora?

SRA. RAQUIN Son ustedes muy buenos; perdonenme; son ustedes muy buenos.

MICHOD Hace un año; un año tiene muchos días; ya debiera usted irse acostumbrando...

SRA. RAQUIN No cuento los días; no me acostumbro. Lloro, porque mis lágrimas me ahogan. Veo siempre al hijo mío luchando con la corriente, sin que nadie pueda salvarle.. y después, ¡muerto! ¡Qué horrible muerte! ¡Cuánto debió sufrir! Yo tuve un presentimiento; le rogué que renunciase al paseo en lancha por el río... Quiso echárselas de valiente... Yo, que le había cuidado tanto, no pude verle morir. ¡Ni ese consuelo!

MICHOD Piense usted en su sobrina, en Teresa, que sufre también; piense usted en el amigo generoso que hizo esfuerzos para salvar á Camilo. Llorando usted hace llorar á Lorenzo.

LORENZO ¡Son recuerdos tan crueles!

MICHOD Usted hizo lo posible; cuando volcó la traidora lancha...

LORENZO Tropezamos en algo, y volcó. Los tres caímos al agua.

MICHOD Y Teresa tuvo la suerte de agarrarse...

LORENZO Yo remaba cuando volcamos; ví flotar los vestidos y me acerqué; agarrose bien y llegamos á la orilla en menos de un minuto. Luego volví, sumergiéndome, buscando á Camilo. ¡Nada! Avancé mirando á todas partes. Ni rastro. El pobre iba tan alegre metiendo las manos en el agua... con risas y bromas. .

MICHOD No recuerde más tristezas. Usted supo cumplir con su deber como un héroe; un buzo no hubiera rebuscado más.

GRIVET Así lo decían los periódicos al día siguiente. Daba miedo leer cómo habían caído, cómo lucharon con la muerte, mientras la comida les aguardaba en la fonda. Y pasados ocho días, cuando apareció el cadáver de Camilo, insistían los periódicos alabando el valor de Lorenzo. (A Michod.) Usted se acordará; usted acompañó á Lorenzo para reconocer al ahogado... (La señora Raquin vuelve á llorar.)

MICHOD Señor Grivet, pudo usted suprimir ciertos detalles; la señora Raquin ya se calmaba...

GRIVET Yo... Perdonen ustedes... Pero como recordaban el accidente... Creí... No jugando... es preciso hablar de alguna cosa.

MICHOD Pero no siempre de lo mismo. Ahora tendremos otro rato de lágrimas.

GRIVET (Levantándose y gritando.) Usted ha sacado esa conversación.

MICHOD (Levantándose.) ¡Ha sido usted!

GRIVET Ya no le falta más que llamarme indiscreto.

SRA. RAQUIN No disputen ustedes. He llorado mucho, no quiero llorar más. Todo me distrae: recordando mis desdichas, pienso lo que me queda que agradecerles á todos. Amigo Lorenzo, deme usted un abrazo. Me parece que abrazo á Camilo.

LORENZO ¡Ah! ¡Si hubiese logrado salvarle como salvé á Teresa! Ella, con los vestidos... ¡Pero el infeliz se hundió tan pronto! ¡Y no supe hallarle! ¡Qué desgracia la mía!

SRA. RAQUIN Le quiero á usted como una madre. Cada noche rezó por el que intentó salvar á mi Camilo, para que Dios le haga feliz.

LORENZO ¡Yo también la quiero á usted como un hijo!

MICHOD ¡Eso me gusta! ¡Muy bien!

SRA. RAQUIN (A Susana.) Gracias, hija mía. ¿Ves? Tus besos me alegran. (Susana vuelve á besarla y se acerca á Teresa. La señora Raquin vuelve á mirar sus fichas: los demás se sientan cada cual en su puesto.) ¿Quién pone?

MICHOD Yo. (Comienzan á poner fichas.)

SUSANA (A Teresa.) ¿Quiere usted que hablemos del príncipe azul?

TERESA ¿Del príncipe azul?

SUSANA (Sentándose junto á Teresa.) ¡Es una historia interesante! Se la contaré bajando mucho la voz para que mi tío no me oiga. Imagínese usted un joven con traje azul y un bigote castaño muy fino que le hace muy bien á la cara. Todos los días, en el paseo, nos miramos y sonreímos á hurtadillas.

TERESA ¿Así acaba la historia?

SUSANA No; así principia. Terminada mi labor antes de ayer, para distraerme, cogí un anteojito muy grande que hay en casa, con el cual se ven las cosas de muy lejos. Comencé á mirar, y sólo veía chimeneas, un bosque de chimeneas, y volviendo el anteojito, se movian, andaban, precipitábanse unas tras otras; al cabo, entre dos chimeneas, ví... ¡al príncipe azul!

TERESA ¿En el aire?

SUSANA ¡No! En una terraza, como yo; y es lo más chocante, que también tenía un anteojito en la mano, y miraba... Le reconocí por el traje azul y por el bigote.

TERESA ¿Dónde vive?

SUSANA No lo sé. Muy lejos, por la parte de San Sulpicio. Mirando á simple vista no distingo más que un espacio gris con manchas negras... Los tejados. Para volver á encontrarle con el anteojito tuve que andar mucho tiempo buscando entre aquel bosque de chimeneas. Luego tomé un punto de mira, la veleta de una casa próxima. En aquella dirección ya es fácil hallarle.

TERESA ¿Volviste á verle?

SUSANA Sí, ayer; hoy... ¿Hago mal? En el paseo, nos miramos y sonreímos á hurtadillas. En la terraza, con el anteojo, me lo imagino como una miniatura, y si la mano me tiembla, desaparece como la imagen de un sueño.

TERESA (Sonriendo.) Te agradezco esa confianza que me haces. (Mirando á Lorenzo y poniéndose otra vez sería) Quiere mucho á tu príncipe azul, pero siempre á distancia, como si fuera un sueño.

SUSANA (Mirando á su tto.) Acabó la partida.

MICHOD La nuestra, señor Grivet.

GRIVET Cuando usted guste, señor Michod.

(Revuelven las fichas y juegan los dos solos.)

SRA. RAQUIN (Separando el sillón de la mesa.) Lorenzo, ¿querría traer el canastillo de mi labor? Está en mi cuarto, sobre la cómoda: tome una luz.

LORENZO No me hace falta. (Sale por la puerta del fondo izquierda.)

MICHOD Es un hijo para usted: cariñoso, complaciente...

SRA. RAQUIN Sí; es muy bueno para nosotras. Nos ayuda y nos guía, nos hace los encargos, y por la noche cierra la tienda.

GRIVET El otro día estaba detrás del mostrador, vendiendo agujas á unas mujeres. (Lorenzo entra deprisa, con la cara descompuesta, los ojos espantados como si alguien le persiguiera y se apoya un instante en el aparador.)

SRA. RAQUIN ¿Qué ocurre?

MICHOD (Levantándose.) ¿Se pone usted malo?

GRIVET ¿Se dió un golpe?

LORENZO No, no es nada... un desvanecimiento... un vahido... (Adelanta oscilante y tembloroso.)

SRA. RAQUIN ¿Y el canastillo?

LORENZO ¿El canastillo?... Yo no sé... No sé...

SUSANA Un hombre... ¡tiene miedo!

LORENZO (Esforzándose por retr.) ¿Miedo? Miedo... ¿de qué? No supe dar con el canastillo... A oscuras...

SUSANA Aguarde, voy á buscarlo, y si encuentro al duende que le asustó, ¡lo traigo!

LORENZO (Rehaciéndose.) Ya pasa... ya...

GRIVET Está usted demasiado robusto. La sangre se le sube á la cabeza.

LORENZO (Temblando.) Sí; la sangre... un golpe de sangre.

MICHOD (Volviendo á sentarse) Tome usted acónito y refrescos.

SRA. RAQUIN Sí; hace algún tiempo que lo noto. Con frecuencia se agita y se sofoca... Le haré un cocimiento de zarzaparrilla. (Entra Susana con el canastillo.) Gracias.

SUSANA (A Lorenzo.) Lorenzo: no he podido encontrar al duende: sin duda le asusté yo.

GRIVET ¡Tiene unas ocurrencias! (se oye la campanilla de la tienda.)

SUSANA No se molesten. Yo bajaré. (Baja por la escalera de caracol.)

GRIVET (Mirándola.) ¡Un encanto es la chiqui-

lla! (A Michod.) Quedamos en que yo tengo treinta y dos tantos y usted veintiocho.

SRA. RAQUIN (Después de rebuscar en el canastillo.) No hay lana de la que yo necesito. Bajaré á tomarla de la tienda. (Baja por la escalera de caracol.)

ESCENA II

TERESA, LORENZO, GRIVET y MICHOD

GRIVET (A Michod, en voz baja.) Ni se juega tranquilamente, ni se habla de cosa divertida. Esta reunión ya no es tan agradable como en otros tiempos.

MICHOD La memoria del muerto lo cubre todo aún... Pero, tranquilícese usted. Hay una manera de resucitar nuestras alegrías de los jueves. (Continúan jugando.)

TERESA (Muy bajo á Lorenzo que se acercó á ella.) Tienes miedo, ¿no es verdad?

LORENZO Sí, tuve miedo. ¿Quieres que venga esta noche?

TERESA Aguarda todavía; tengamos prudencia.

LORENZO ¡Oh! Hace un año que somos prudentes; un año, Teresa. Y ahora, ¡sería tan fácil entrar por ahí! (Señalando á la puerta de la izquierda.) Somos libres; juntos, no tendríamos miedo...

TERESA No, no, espera; no destruyamos el porvenir; Lorenzo, espera.

LORENZO ¡Esperar siempre! y con esos temores. En tus brazos, no temblaría; seríamos dos para defendernos... ¿Quieres que venga?

TERESA No; hasta que nos casemos, no. Tranquilízate, falta ya muy poco. Déjame hacer... Aparta, que sube la tía.

SRA. RAQUIN (Saliendo por la escalera de caracol.) Teresa, baja un momento; no sé que piden; acaso tú lo encuentres. . (Teresa dirígese á la escalera de caracol y baja. Está visiblemente abrumada. Todos la miran.)

ESCENA III

LORENZO, SEÑORA RAQUIN, GRIVET, MICHOD

MICHOD ¿Ha visto usted como anda la pobre Teresa? Encogida, triste, abrumada...

SRA. RAQUIN La veo todos los días; sus ojos se hunden, sus manos tiemblan.

LORENZO Y en sus mejillas aparecen las rosetas que denuncian la tisis.

SRA. RAQUIN Usted me hizo notar ese alarmante síntoma, Lorenzo; y ahora, no puedo sustraerme á la idea.. ¡Si ella muere! ¡Dios mío! ¡Todos los dolores caen sobre mí!

MICHOD No se apure usted, señora. Es nervioso. Hemos de verla rozagante y alegre...

LORENZO No es posible, no. Está herida en el pecho. Parece que se despide ya de nosotros

con sus prolongados silencios y sus pálidas sonrisas... Es una agonía lenta.

GRIVET Amigo, no está usted muy consolador. Teresa necesita que la distraigan, y en esta casa no la ofrecen más que ideas fúnebres.

SRA. RAQUIN ¡Ah! Tiene razón Lorenzo; su herida es mortal, y Teresa no admite consuelos. Cada vez que trato de persuadirla, se aparta ó se revuelve contra mí... Ella, ¡tan humilde! Se refugia en su dolor... y eso la mata.

LORENZO Hemos de resignarnos.

SRA. RAQUIN Para mí, sería un golpe terrible. Ya no me queda otro afecto en el mundo. Si muere antes que yo, ¿quién me cerrará los ojos? ¡Haber querido tanto, y verme sola! ¡Sola, en un rincón de la tienda! Soy muy desgraciada; mis desventuras no cesan. ¿Para que vivo? (Llora muy amargamente.)

MICHOD (Se levanta y se acerca á la señora Raquín.) Acaso yo tenga un remedio, que lo cure todo. A los años de Teresa ninguna mujer es inconsolable. ¿Ha llorado mucho desde la horrible desgracia de Camilo?

SRA. RAQUIN No; le cuesta mucho llorar; su dolor es mudo. Un abatimiento muy grande... un abandono .. Así... como aturdida... Y todo esto la hizo miedosa.

LORENZO (Temblando.) Mucho, muy miedosa.

SRA. RAQUIN Sí; una noche, se agitaba, con gritos ahogados... Me levanté acercándome á ella... y no me conoció...

LORENZO Alguna pesadilla. ¿Y hablaba? ¿Entendió usted lo que dijo?

SRA. RAQUIN Solo entendí el nombre de Camilo... Al anocheecer, no sube nunca sin luz. Por la mañana, sale de su alcoba como si no hubiese dormido; y sus ojos, inquietos, denotan el cansancio, la debilidad... ¡Oh! Es la muerte, que de nuevo amenaza. Camilo... ella... todos... ¡Pobre criatura!

MICHOD Señora, cálmese usted. Hice mis observaciones y tengo una idea.. Cuando estemos un rato solos...

GRIVET ¿Quiere usted hablar sin testigos á la señora Raquin?

MICHOD Sí.

LORENZO Bueno; ya nos vamos. (Se dirige hacia la puerta del fondo izquierda.)

GRIVET (A Michod.) No se olvide ahora de que me debe dos... Avise cuando acaben... Estoy á sus órdenes (Vanse Lorenzo y Grivet por la puerta del fondo izquierda.)

ESCENA IV

SEÑORA RAQUIN y MICHOD

MICHOD Soy excesivamente sincero, casi brutal.

SRA. RAQUIN ¿Qué me propone usted para salvarla?

MICHOD Teresa necesita casarse.

SRA. RAQUIN ¡Casarse! ¡Ah! Es muy cruel. ¿Entregar á un hombre la mujer de Camilo?

MICHOD Yo veo las cosas fríamente.

SRA. RAQUIN ¡No! ¡Es imposible! Además, ella se resistiría... Nadie olvidó aún á Camilo en esta casa, y su recuerdo se sobrepone á todo. Teresa no puede casarse llevando á Camilo en su alma. Sería una profanación.

MICHOD Yo miro las cosas como un médico. Una mujer que siente los terrores de la soledad, necesita un marido ¡qué demonio!

SRA. RAQUIN ¿Y quién sería ese hombre que viniese á turbar mi vejez? ¿Cómo lo escogeríamos, para no perder á su llegada la paz que nos queda? No, no; moriremos con este luto. (Se sienta en el sillón á la derecha.)

MICHOD Sin duda, era necesario buscar un hombre de bien, que fuese á un tiempo un marido amante para Teresa y un hijo cariñoso para usted, que reemplazase á Camilo... En una palabra... ¡Lorenzo!

SRA. RAQUIN ¡Lorenzo!

MICHOD Sí. ¡Harían buena pareja! Este consejo mío, puede remediarlo todo. Cáselos usted.

SRA. RAQUIN Michod... ¡Ellos!

MICHOD Es una idea que acaricio hace algunos meses. Reflexione usted, atendiendo á mi experiencia. Si para salvar á Teresa de sus cavilaciones y de su miedo, se decide usted á casarla, ¿dónde hallará un marido mejor que Lorenzo?

SRA. RAQUIN Me parecen hermanos.

MICHOD Decídase usted, y los tiempos felices volverán.

SRA. RAQUIN Acaso tenga usted razón. Todos necesitamos algún consuelo; pero mi pobre Camilo nos puede castigar si le olvidamos tan pronto.

MICHOD ¿Olvidarle? No. Lorenzo le recuerda y le nombra constantemente.

SRA. RAQUIN Estoy vieja... Sólo deseo morir tranquila.

MICHOD Bien. Estamos conformes. Hay que arreglar así las cosas. El matrimonio, y luego... los nietecitos... Eso alegra; sonríe usted... Ya sabía yo...

SRA. RAQUIN Yo no debiera sonreír; estoy angustiada... ¿Y ellos? Hay que decirselo á ellos. Acaso no admitan... ¡Viven tan preocupados con otros pensamientos!

MICHOD El y ella son bastante razonables para comprender que su matrimonio es necesario. En este sentido hemos de hablarles. Yo se lo diré á Lorenzo; usted se lo dice á Teresa. Los casamos y en paz

SRA. RAQUIN Estoy temblorosa...

MICHOD Vea usted á Teresa; yo llamaré á Lorenzo, que aguarda con el señor Grivet. (La señora Raquin baja por la escalera de caracol.)

MICHOD (Acercándose á la puerta del fondo.) ¿Señor Grivet? ¿Lorenzo?

ESCENA V

LORENZO, MICHOD y GRIVET

GRIVET ¿Vamos á seguir la partida?

MICHOD No He de hablar con Lorenzo, y usted será testigo.

LORENZO Testigo... (Mirándolos temeroso.)

MICHOD Y juez acaso... (A Lorenzo.) Escuche usted, (A Grivet.) y usted atienda. (Un silencio.) La muerte de Camilo destruyó esta familia... La madre desconsolada, la viuda enferma, usted el amigo íntimo. .

LORENZO Nunca me perdonaré lo torpe que anduve cuando pretendía salvarle...

MICHOD Aquello pasó; no hay que insistir. Los muertos descansan; pero es preciso también procurarles descanso á los vivos; y aquí nadie lo tiene. Hasta nosotros llega el dolor que no se acaba. Un año después de la muerte, la tertulia es triste; ni sabemos de qué hablar...

GRIVET Ni jugamos al dominó.

MICHOD Teresa padece mucho.

LORENZO Mucho.

MICHOD Su aisiamiento aumenta su dolor. Abatida, silenciosa, va desmejorándose poco á poco... Una idea terrible, constante, la consume.

LORENZO Un recuerdo que no se borra...
¡La muerte de Camilo!

MICHOD Teresa es digna de compasión.

LORENZO Sí. Hay que tener compasión de
la infeliz.

MICHOD Junto á la madre que llora, el dolor no se alivia.

LORENZO No se acaba la desventura.

MICHOD Y la salud se pierde.

LORENZO ¡Y los temores aumentan!

MICHOD Por eso pensamos... casarla.

LORENZO ¡Casarla!

MICHOD Sí. Un hombre la daría valor.

LORENZO Y... Camilo...

MICHOD ¡Bah! Cuando uno ha muerto...

LORENZO Vive aún para nosotros: le recordamos á todas horas; Teresa no le olvidará fácilmente.

MICHOD ¿Le recuerdan ustedes? Mejor. Así podrían consolarse uno á otro, mientras el tiempo hiciera su obra.

LORENZO ¿Qué?

MICHOD Usted es el hombre que Teresa necesita.

LORENZO ¿Yo?

MICHOD Usted, el amigo, el salvador, el hermano.

LORENZO ¡Ah! ¡No pude salvarle, no pude!
¡Pobre Camilo!

MICHOD ¿No se casaría usted con Teresa?

LORENZO ¡No lo he pensado nunca... nunca!

MICHOD Piénselo usted ahora. Teresa nece-

sita un amparo; la madre de Camilo un consuelo; usted puede salvarlas.

LORENZO ¿Yo? ¿Por qué motivo?...

MICHOD (A Grivet.) Ayúdeme usted á convencerle.

GRIVET Sí, hombre; convéznase usted. Esto no puede seguir así. Todos tristes, abrumados; ni se habla, ni se juega...

MICHOD Lorenzo: es la conveniencia de todos. ¿Qué hombre puede llegar á esta casa como usted?

GRIVET La señora Raquin le quiere como un hijo.

LORENZO Pero, Teresa...

MICHOD Su tía la convencerá Sin duda en este instante hablan.

LORENZO Sin habernos preparado...

MICHOD ¿Qué importa? ¿No se conocen ya? ¿No se quieren?

LORENZO ¿Querernos? ¿Desde cuándo? Yo no sé...

MICHOD Viven con las mismas tristezas. El dolor puede unirlos... y puede hacerlos dichosos.

LORENZO El dolor... sí... la memoria de aquél desgraciado...

GRIVET Ya suben.

MICHOD ¿Qué decide usted?

LORENZO ¿Yo? Por el amigo, por su madre... por ella... ¡Mi vida es muy triste! Que dispongan de mí.

ESCENA VI

LORENZO, MICHOD y GRIVET. La SEÑORA RAQUIN, SUSANA y TERESA suben por la escalera de caracol

MICHOD ¿Hablaron?

SRA. RAQUIN Sí: consiente; se resistía... ¡Es natural! ¡Sufre mucho aún! ¿Y Lorenzo?

MICHOD Me costó algún trabajo, pero no pone inconveniente.

SRA. RAQUIN Lorenzo... Teresa... Por la memoria de aquél infeliz que todos lloramos; por esta pobre madre que necesita mucho de vosotros... Hijos míos... Venid... ¿Estáis contentos?

LORENZO Yo... señora...

TERESA Yo... siempre obedeceré...

SRA. RAQUIN Abrazaos, y que las bendiciones del cielo caigan sobre vosotros.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Las tres de la madrugada. La habitación está en orden, limpia, engalanada. Un quinqué encendido. Cortinajes blancos en la puerta de la alcoba, y colcha blanca en la cama; cuadros de crochet en los respaldos de las sillas y sillones. Ramos de rosas en el aparador, sobre la chimenea, sobre la mesa. La chimenea está encendida.

ESCENA PRIMERA

TERESA, SEÑORA RAQUIN, SUSANA, MICHOD y
GRIVET

Teresa, de novia; señora Raquin y Susana, bien vestidas, no llevan nada en la cabeza, ni sombrero ni chal. Todos vienen por la escalera de caracol. Teresa va á sentarse á la izquierda; está fatigada. Susana se queda impidiendo el paso á Michod y á Grivet, que visten de levita

SUSANA No, tío; no, señor Grivet. No entran hombres en el cuarto de la novia. Están ustedes cometiendo una imprudencia.

MICHOD Cállate ya; es una broma.

SRA. RAQUIN (Sonriendo.) Vamos, amigos; no pueden asistir ustedes al tocado de la novia.

GRIVET ¡Oh! Precisamente, lo más intere-

sante de la fiesta. ¿No servimos para dar las horquillas? ¿Ni para eso?

SUSANA Pero ¿no se van ustedes? ¡Cuidado si se ponen fastidiosos!

MICHOD Ya; ya nos vamos.

GRIVET Felices noches, y perdonen si hemos abusado...

SRA. RAQUIN Un día de boda... (Michod y Grivet se retiran.)

SUSANA Y no vuelvan. Sólo el novio puede entrar, y aun tiene que pedirnos permiso. (Cierra la puerta.)

ESCENA II

TERESA, SEÑORA RAQUIN, SUSANA

SRA. RAQUIN Ya deberías quitarte el vestido. Van á dar las tres.

TERESA ¡Ah! Estoy rendida. La ceremonia, el paseo en coche, la comida, que no acababa nunca...

SUSANA Sí; ¡hacía un calor en la fonda! He llegado á marearme; pero luego me pasó. (A la señora Raquin.) Usted sí que no debe saber á esta hora dónde tiene las piernas. ¡Y el médico la dijo que no se fatigase!

SRA. RAQUIN Las alegrías no dañan; hoy no recibo más que alegrías. Las tristezas... ¡Oh! Ya me falta espíritu para sufrirlas. ¡Cuántas

cosas han pasado, y qué bien ha ido todo! En la iglesia, la plática del cura me ha conmovido.

SUSANA ¡Todos llorábamos! Y luego, en la calle, la gente nos miraba y todos reían... Y en la fonda ¡qué ruído, qué alboroto! ¡Es muy divertida una boda!

SRA. RAQUIN Teresa, hija mía. ¿No te quitas el vestido?

TERESA Espere usted un poco. Hablen ustedes más.

SUSANA (A Teresa.) Yo voy á servirla sin que usted se moleste... pero ha de levantarse.

TERESA (Levantándose.) ¡Me atormentan ustedes!

SRA. RAQUIN Hija mía; es muy tarde.

SUSANA (Desabrochándole el vestido y quitando los alfileres.) ¡Un marido! Eso debe ser una cosa terrible. Una muchacha de mi barrio que se casó, lloraba, lloraba... ¡Un alfiler!... A poco me pincho... ¡Si ahora nos viera el señor Gri-vet! ¿Le llamo? (Riendo.)

TERESA Tengo frío. Acaba pronto. Deprisa.

SUSANA Acerquémonos al fuego. (Se acercan á la chimenea.) Magnífica seda. Se tiene de pié... Tiembla Teresa... Mis dedos la estremecen...

TERESA Tengo calentura...

SUSANA Ya se acaba... (Le quita el vestido y lo entrega á la señora Raquin.) Ya se acabó. Ahora, el pelo... Voy á despeinarla...

SRA. RAQUIN Sí, haznos ese favor. (Se va por la puerta del fondo izquierda, llevando el vestido. Teresa se sienta junto á la chimenea.)

SUSANA El fuego la devuelve los colores; ya está usted como una rosa, y hace un rato, estaba pálida, como una muerta.

TERESA Tenía frío..

SUSANA (Desprendiéndole la trenza.) Baje un poco la cabeza... ¡Hermoso pelo! Dígame usted Teresa. Yo soy curiosa y no me canso de preguntar. Dígame: su corazón late con violencia... Está usted emocionada. Por eso tiembla usted ¿no es cierto?

TERESA Mi corazón, no tiene ya diez y siete años, como el tuyo, amiga mía.

SUSANA Todo el día la estoy observando á usted; me gusta enterarme de todo; usted está muy triste pero sabe contener sus lágrimas. Yo, eso no podré hacerlo. Sin llorar... ¡imposible!

TERESA ¿Te dará miedo tú príncipe azul?

SUSANA No se burle usted... ¡Qué bien la sienta el pelo suelto! Parece usted una reina de las que traen las estampas... ¿Solo una trenza, verdad?

TERESA Sí; el pelo recogido sencillamente.

SUSANA Si me promete no reirse, diré lo que sentiría yo en su lugar. Estaría muy contenta. ¡Oh! tan contenta... como nunca lo estuve. Y, sin embargo, tendría un miedo espantoso; como si andando sobre nubes, entrara en un mundo lejano, desconocido, agradable y terrible á la vez, con una música muy dulce, y unos aromas muy suaves, y una luz muy blanca... Todo, me produciría un mareo

delicioso, algo así, como dejar de vivir y renacer á un tiempo... ¿Es eso lo que usted siente?

TERESA Sí... (Bajando la voz.) Música, perfume, luz espléndida... Todas las alegrías de la juventud y del amor.

SUSANA Tiembla usted aún.

TERESA Cogí mucho frío; ya no puedo entrar en reacción fácilmente.

SRA. RAQUIN (Trayendo una bata blanca.) Voy á calentarte la ropa. (Lo hace, sentándose junto á la chimenea.)

SUSANA (Volviendo á su cuento.) Y cuando el príncipe azul esperara, como espera Lorenzo, yo tendría gusto en impacientarle. Luego, cuando le llamase al fin, procuraría esconderme, para que no me viera... Y el me buscaría, rogando, rogando mucho, mientras yo, sin chistar, cerraría los ojos cuando se acercara y entonces, tendría miedo, mucho miedo. A veces, pensando esas cosas me dan temblores.

SRA. RAQUIN (Sonriendo.) Las niñas no deben pensar esas cosas.

SUSANA ¿Es eso lo que usted siente?

TERESA Sí... (Bajando la voz.) Yo no quería casarme aquí, en esta casa, en invierno. Yo hubiera querido casarme en el pueblo, en Mayo, cuando las acacias tienen flor y son templadas las noches.

SUSANA Ya está usted lista. (Teresa y la señora Raquin se ponen de pie.) Y ahora, la bata bien caliente.

SRA. RAQUIN Me quema las manos. (Ayudan á Teresa á ponérsela.)

SUSANA No tendrá usted frío.

TERESA Gracias.

SUSANA Está usted adorable así.

SRA. RAQUIN Adiós, hija mía.

SUSANA Adiós.

TERESA ¡Ah! No me dejen sola... no... Aguárde usted, madre.

SRA. RAQUIN No; es mejor que no hablemos. Ya lo has visto. ¡No quiero llorar más! Todo el día... hice un esfuerzo... un imposible... Tengo el corazón oprimido... ¡Ah! Esta boda no me contraría, no, al contrario: me hace dichosa... Os quiero mucho... Todos están alegres... ¡Yo también!

TERESA Sí... No hablemos... Bien... Adiós... Madre... ¡Hasta mañana!

SRA. RAQUIN Sí... Hasta mañana... Dime, ¿tienes alguna pena? Todo lo hice por tu felicidad... Quiere mucho á tu marido, ¡es tan bueno para nosotras! Quiérole como quisiste á... No... no digo nada. Los consuelos que me dais... merecen que me ocupe de tu porvenir.

SUSANA Vamos, ¡qué despedida! ¡Como si la dejara en una cueva de lobos! No. Esto es un nido, alegre y perfumado.

TERESA ¡Tantas flores!

SRA. RAQUIN Te gustan mucho y no quise que faltaran en tus bodas. ¡Ya sonríes! ¡Oh! Las flores te alegrarán. ¡Adiós, hija mía! (La

besa cariñosamente, y se va por la puerta del fondo izquierda, cerrándola.)

SUSANA Adiós. Béseme usted. (Teresa la da un beso.) Ya volvió á ponerse pálida. . (Sonriendo.) ¡Oh! Es horrible una cárcel así... ¡llena de rosas! (Vase por la escalera de caracol.)

TERESA ¡Sola! Me parece que la luz se apaga... ¡Si me quedase á obscuras! No; no quiero estar sola... ¡Ah! ¡Si el otro volviera! ¡Qué miedo!... Pero no volverá... No; no es el otro.

ESCENA III

TERESA y LORENZO. Teresa se acerca al fuego. Un silencio. Lorenzo, de levita, entra por la escalera de caracol, cierra la puerta y se aproxima á Teresa

LORENZO Teresa, Teresa de mi alma...

TERESA No, espera, déjame. Tengo frío.

LORENZO Al fin... ya somos libres, ya estamos solos y podemos amarnos. La vida es nuestra, esta casa es nuestra; tú eres mía, mujer adorada, porque mi amor te ha conquistado, porque tu amor ha cedido. (Quiere besarla.)

TERESA (Rechazándole.) No, ahora no; estoy temblando aún.

LORENZO ¡Pobre ángel mío! Dame tus manos y les daré calor entre las mías. (Quiere cogerle las manos, y ella las esconde.) Ha llegado la hora, Teresa, ¿no lo sabes? ¡Acuérdate! Hace un año, un año que no te veo á solas. He vivido un año con ansiedad, para llegar esta noche

sin temores. Aquí me tienes. Se acabaron las angustias; en premio á mi prudencia ¡ya eres mía!

TERESA Si... Habla... El silencio me hace daño... Habla.

LORENZO ¡No tiembles ya! He cerrado la puerta y soy tu marido. Antes, cuando yo venía, tú no temblabas. Entonces, riendo, hablando en alta voz sin temer que te sorprendieran; y ahora temes, como si alguien escuchara, como si alguno pudiera sorprendernos... ¡Eh! Podemos gritar y reir, y amarnos. Nuestra noche de bodas nadie puede turbarla.

TERESA (Espantada.) No digas eso, no lo digas; tú estás más pálido que yo, Lorenzo. Yo tuve miedo, no quise que me besaras ¡y tú no te has atrevido á besarme! ¡Novios! Pero, ¡de qué manera! No seas niño, no finjas valor. Siéntate y hablemos. (silencio.) Hace mucho frío.

LORENZO Ha calmado el viento.

TERESA ¡Qué día tan triste! Apenas he visto gente por las calles.

LORENZO No había mucha.

TERESA ¿Son las cuatro ya?

LORENZO No, no son aún. (Se pasea y se sienta lejos de Teresa.)

TERESA Qué noches tan largas... Acaso no pienses como yo en esto; no me gusta ir en coche, rodar por las calles horas y horas... Me daba sueño... Tampoco me gusta comer en la fonda.

LORENZO No se come tan bien como en casa.

TERESA Comer en el campo, sí...

LORENZO En el campo, sí; todo alegre. Los árboles, el río... (Levantándose bruscamente, como si con esta palabra hubiera evocado la imagen de su víctima.)

TERESA (Levantándose bruscamente.) ¡El río!... ¡Calla! ¿Por qué has despertado ese recuerdo? En tu cabeza, en la mía, luchaba por asomarse á los labios... Te ha vencido... á mí también .. Pero, no; no hables, no pienses más... No pienses, porque también oigo lo que piensas, lo que no dices; el accidente cruel... eso... Cállate... cállate... No se me olvida... no... (silencio.)

LORENZO Teresa... Dime algo... hablemos de algo... El silencio hiera más... Háblame...

TERESA (Volviendo á la derecha.) Cierra los ojos... y esfuérazte mucho para no sentir...

LORENZO Es inútil. Tu voz me consuela. Dime algo... cualquier cosa... Que hace frío; que son largas las noches...

TERESA Pienso, aunque no quisiera pensar. Tienes razón. El silencio hace daño, y las palabras pugnan por salir de la boca. (Transición.) La iglesia estaba fría... mis piés helados...

LORENZO ¿Has visto la cara que ponía Gri-vet? Quiso estar ceremonioso y estaba risible... (Se esfuerzan, queriendo reír.)

TERESA ¿Y el humo del incienso? ¿Te gusta el incienso? A mí me hace soñar. Pensé un instante que nos habían dejado solos en la

iglesia, obscura... Luego cantaron... Has visto, en la otra capilla...

LORENZO Sí; gente con cirios...

TERESA ¡Un entierro! Un entierro humilde; una caja pobre... Todo miserable... (Silencio; se acerca y se apoya sobre un hombro de Lorenzo, interrogándole con ansiedad. Los dos tiemblan.) ¿Le viste en el depósito, Lorenzo?

LORENZO Sí.

TERESA ¿Tenía cara de haber sufrido?

LORENZO Terriblemente.

TERESA ¿Tenía los ojos abiertos?

LORENZO Muy abiertos... mucho... y la boca torcida...

TERESA Dime; dime cómo estaba. . En mis noches de insomnio, le veo, pero no le veo claro... Y... ¡tengo muchas ganas de verle!

LORENZO (Con voz terrible, zarandeando á Teresa.) ¡Calla! ¡Despierta! Nos hemos dormido los dos... ¡Y soñamos!... ¿De qué hablas? ¿Por qué te oigo? ¿Por qué te contesto? ¡He mentido! No vi nada, nada ¡nada! ¡Qué fascinación imbécil se apoderó de mí! Teresa. .

TERESA ¡Oh! Las palabras, á pesar nuestro, nos conducen á donde no queremos ir. ¡Todo nos lo acuerda! No hay para nosotros conversaciones indiferentes. Le hallamos en cuanto decimos. ¡No es posible huirle!

LORENZO Abrázame; bésame.

TERESA No me atormentes. Yo te lo suplico. Espera... (Un silencio.)

LORENZO (Acercándose á ella con dulzura, querien-

do evocar sus placeres de amor.) Acuérdate; hasta mi sueño fué tuyo. Soñaba cómo podría unirme á tí, para no separarme jamás. Esta noche mi sueño se ha realizado. Teresa, descansa ya sobre mi corazón: siempre, siempre...

TERESA (Delirante, procurando ahogar sus temores con recuerdos de amor.) ¡Un goce que no se acabal

LORENZO Teresa; mírame. ¡Dame un besol

TERESA (Desprendiéndose bruscamente de Lorenzo.) ¡No! ¡No! Es inútil recordar; ¡aquél amor no vuelve! Ya no te quiero; ¡tus brazos me hielan; tus caricias me resultan crueles y torpes!

LORENZO ¡Teresa! No sabes lo que dices. ¿No amarnos ahora? ¿Encontrar sólo una pesadilla horrible, donde soñábamos un placer eterno? ¡Es una locura! ¡Ven; agárrate á mi cuello!

TERESA ¡No; déjame!

LORENZO ¡Teresa! Después de querernos tanto; después de tanto aguardar, cuando llega esta noche deseada, cuando nadie puede venir...

TERESA ¡Por caridad! No lo repitas... ¡El puede venir aún!

LORENZO ¿Quieres volverme loco?

TERESA Por caridad... Me horrorizas. (Mirando el retrato.) ¡Mírale!

LORENZO (Mirando también el retrato.) ¡El! ¡Es él! ¡Camilo!

TERESA ¡Ya te lo decía! ¡Vive! ¿Lo ves?

LORENZO Nos observa... Nos oye. ¡Calla! (silencio; arrimánse uno á otro, sin atreverse á levantar los ojos del suelo, temblorosos y espantados.)

TERESA ¿Dónde le has visto?

LORENZO En la sombra.

TERESA ¿Allí? (Señalando á la cama.)

LORENZO No; allí. (Teresa huye desfavorida hasta la puerta del fondo izquierda, que abre de un golpe.)
¡No te vayas!

TERESA (Retrocede, acercándose á Lorenzo.) El retrato...

LORENZO No; movía los ojos; no era el retrato... Mira... Y si fuera el retrato... Quitémoslo de ahí... Nos acongoja mirándonos fijamente...

TERESA No me atrevo á tocarlo.

LORENZO ¿No te atreves?

TERESA ¿Por qué no lo escondes?

LORENZO Porque me clava los ojos .. Dices que no los mueve... ¡Sí los mueve! ¡Me persiguen, me anonadan! (Acercándose despacio.) Bajaré la cabeza... ¡Sí! ¡Aún le sientol... (Descuelga el cuadro con rabia, y vuelve junto á Teresa. Los dos quedan de espaldas á la puerta del fondo izquierda.)

ESCENA VI

LORENZO, TERESA. La SEÑORA RAQUIN en la puerta del fondo izquierda

SRA. RAQUIN ¿Qué les ocurre? Oí gritar.

LORENZO ¡Mírale! (Teniendo el cuadro en la mano, contemplándolo contra su voluntad.) Me da miedo, y si viviera... ¡otra vez le ahogaría!...

SRA. RAQUIN ¡Oh! ¡Asesino! ¡A-se-si-no! (Teresa retrocede muda, horrorizada. Lorenzo suelta el cuadro y retrocede. La Señora Raquin avanza unos pasos y cae sobre un sillón.)

LORENZO Acércate; socórrela.

TERESA ¡No, no; esto es horrible!

SRA. RAQUIN AS... AS... AS... (Haciendo esfuerzos para hablar. Su cuerpo sufre violentas sacudidas. Luego va quedando rígido. Sus ojos, muy abiertos, obstinadamente se fijan en Lorenzo y Teresa, los cuales, atemorizados, no saben sustraerse á la terrible mirada.)

LORENZO La parálisis. ¡Oh! Su cuerpo se petrifica; su garganta enmudece. .

TERESA ¡Muriendo por nuestra culpa!

LORENZO ¡No! Sus ojos viven... ¡y nos amenazan!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Las cinco de la tarde. La habitación presenta otra vez aspecto de sucia y descuidada. En un rincón, un colchón arrollado, con las sábanas revueltas y una almohada.

ESCENA PRIMERA

TERESA y SUSANA, trabajando, sentadas junto al costurero

TERESA De modo, que ya sabes donde vive tu príncipe azul.

SUSANA Ya iba siendo muy soso verle á media legua de distancia, tan prudente... Demasiado prudente.

TERESA (Riendo.) ¿Te gustan los novios atrevidos?

SUSANA No lo sé; pero me parece que á un novio al cual no se teme... no es un novio de verdad. Cuando yo le veía, no sé dónde, muy lejos, entre chimeneas, me parecía uno de los angelotes de mi libro de misa, que andan sobre nubes. Al principio, eso me agradaba, pero

acabó resultándome aburrido... Y el día de mi santo, dije á mi tío Michod, que me regalara un plano de París.

TERESA ¡Un plano de París!

SUSANA Sí... Al tío le produjo mucha sorpresa mi petición, pero me compró el plano, y cuando le tuve, comencé á buscar el sitio donde creí ver á mi príncipe. Al día siguiente obligué al tío á pasar por aquella calle.

TERESA (Alegremente.) ¡Es curioso! (Mira el reloj, y de pronto su cara cambia, tomando expresión muy sombría.) Las cinco; Lorenzo no tardará.

SUSANA ¿Qué la sucede? Ahora mismo estaba usted tan contenta...

TERESA (Disimulando.) Y, con el auxilio del plano, conseguiste...

SUSANA Nada. Un día, me guió á una fábrica de sebos; después de nuevas observaciones, me condujo á un seminario; y otro día, consultándolo nuevamente, me llevó á la cárcel... ¿No ríe usted? Pues la cosa tiene gracia. ¿Se pone usted enferma?

TERESA No. Lorenzo no puede tardar... Y pensaba... (Transición.) Cuando te cases debes poner tu plano en un marco.

SUSANA ¿Por qué, si me ha servido solamente para confundirme y engañarme?... Una mañana fui al mercado á comprar unas enredaderas, y encontré á mi príncipe azul, cargado de flores, con tiestos en las manos, en los brazos y en los bolsillos... Me siguió, y me dijo que todo aquello era para su terraza. Luego

habló con mi tío, convinieron la boda... y, ¡voy á casarme! Con el plano hice pajaritas de papel, y el anteojo, ya solo me sirve para mirar á la luna.

TERESA Tu cuento de amor, es ideal. Vives aún en las nubes, entre flores, todo te sonríe. ¡Ah! si tu imaginaras. . (Vuelve á mirar al reloj.) Las cinco. . Ya es hora... Voy á poner la mesa.

SUSANA Pongamos la mesa. (Las dos se levantan y ponen los manteles y tres cubiertos.) ¿Cómo sigue la señora Raquin?

TERESA Siempre inmóvil, siempre muda; pero creo que no padece.

SUSANA Debe ser muy triste quedarse paralítica. El médico lo había previsto hace tiempo, ¿verdad? Y le había dicho que no se fatigara mucho. Cuando la veo, sentada en su sillón, rígida, con la cabeza blanca, y las manos puestas sobre las rodillas, me parece una estatua de las que hay en las tumbas de las iglesias. ¿No puede mover las manos?

TERESA Nada. Las tiene muertas.

SUSANA ¡Es una compasión! Mi tío, dice que no debe oír, que su inteligencia también se habrá dormido.

TERESA No. Aún oye y comprende; sus ojos viven y centellean.

SUSANA Los abre mucho, los fija más que nunca; parecen más negros y más penetrantes... No soy miedosa, pero de noche, á obscuras, no podría recordarla sin echarme á

temblar. ¿Ha oído usted referir historias de gentes que fueron enterradas con vida? Pues, así veo á la señora Raquin; viva y enterrada bajo un peso enorme que la oprime y no la deja gritar. ¿En que piensa todo el día? ¡Debe ser horroroso, vivir así, pensando siempre, siempre!. . Y menos mal, que son ustedes muy cariñosos con ella.

TERESA Cumplimos nuestro deber.

SUSANA En los ojos, adivinan ustedes los pensamientos de la buena señora. Los demás, no la entienden. Ha sido una fortuna para ella, tenerlos á ustedes. El médico ¿da esperanzas?

TERESA Muy pocas. (Han acabado de poner la mesa y vuelven al proscenio.)

SUSANA Mucho tarda Lorenzo.

TERESA Desde que dejó las oficinas para dedicarse de nuevo á la pintura, no le vemos en todo el día. Sale por la mañana y no vuelve hasta la noche... Trabaja mucho, quiere mandar un cuadro á la Exposición:

SUSANA Hace pocos días le vimos en la calle y nos hizo subir á su estudio. Tenía esbozadas muchas cabezas, de niños, de mujeres, de ancianos... Mi tío asegura que Lorenzo será un pintor notable. Yo reparé una cosa... Un aire de semejanza en todos los bocetos... Todos recuerdan algo al pobre Camilo.

TERESA ¡Ah! No... Eso no es posible...

SUSANA Sí, es cierto; no lo dude usted.

ESCENA II

LORENZO, por la escalera de caracol, TERESA, SUSANA

LORENZO Buenas tardes. Hola, Susana.
¿Trabajasteis mucho?

TERESA Sí.

LORENZO Yo vengo fatigado. (Se sienta en una silla á la izquierda.)

SUSANA ¿Cansa mucho pintar?

LORENZO Hoy no he cogido los pinceles.
¿Y la comida?

TERESA Cuando gustes.

SUSANA Me voy.

TERESA No te vayas. Tu tío prometió venir á buscarte. Además, tú nunca estorbabas en esta casa.

SUSANA Bajaré á la tienda; quiero robaros unas agujas que necesito... (Suena la campanilla de la tienda.) Mayor oportunidad!... Yo despa-charé... (Baja por la escalera de caracol.)

ESCENA III

LORENZO, TERESA

LORENZO (Viendo el colchón.) ¿Por qué dejaste ahí ese colchón? ¿Para que todos averigüen que hacemos dos camas?

TERESA Pudiste, antes de salir por la mañana, esconderlo tú.

LORENZO No creo que deba ocuparme...

TERESA Yo tampoco.

LORENZO ¡Teresa! No empecemos á reñir...
Acabo de llegar...

TERESA Yo vivo tranquila; en cuanto vienes tú de la calle, comienzan las zozobras...

LORENZO Pero, ¿que haces en todo el día?

TERESA Lo que no puedo hacer de noche; dormir.

LORENZO (Dulcificándose.) Tú duermes, Teresa, tú descansas...

TERESA (Después de un silencio.) No traigas aún á la paralítica... Espera que se vayan los Michod, comeremos luego, más tarde... Cuando hay gente, no descanso; ella mira con más fiereza y adivino en sus ojos proyectos implacables. Al fin, hallará una manera de hacerse comprender.

LORENZO No podemos evitar que Michod la vea; y más vale aquí entre todos, que á solas en su cuarto. No temas que descubra nada... Está inmóvil, como una piedra... (Sale por la puerta del fondo izquierda.)

ESCENA IV

TERESA, en seguida MICHOD y SUSANA que suben de la tienda. Luego Lorenzo, haciendo rodar hasta el cubierto de la izquierda el sillón donde viene sentada la SENO-RA RAQUIN, rígida, inmóvil, con el pelo enteramente blanco y vestida de luto.

MICHOD Ya está la mesa preparada.

TERESA Si ustedes gustan... (Toma una ensaladera y aliña la ensalada.)

MICHOD Siempre tan campechanos y tan bondadosos... (A Susana.) Arréglate para irnos. ¿Y la señora Raquin? ¿Mejora? ¡Pobrecilla! Ya la trae Lorenzo. (Aparece Lorenzo con la señora Raquin.)

SUSANA (Abrazando y besando á la señora Raquin.) Todos la quieren mucho. Paciencia y esperanza. Mi tío dice que usted se curará.

MICHOD Sus ojos brillan, se alegra de vernos...

ESCENA V

TERESA, LORENZO. LA SEÑORA RAQUÍN, SUSANA GRIVET, por la escalera de caracol

MICHOD ¡Caramba! ¿Usted á estas horas?

GRIVET Pasaba cerca y subo á enterarme; siempre que paso cerca, subo, sin alterar mis costumbres. La señora Raquin lo merece. Pero, iban ustedes á comer... ¿gestorbo?

LORENZO Al contrario, tenemos gusto...

GRIVET Yo la entiendo perfectamente; una sola mirada, y sé lo que me quiere decir. (Sentándose delante de la señora Raquin.) Leo en sus ojos como en un libro... Hablemos. (A la señora Raquin.) ¿Tiene usted algo que decirnos? Ya, ya comprendo.. Quiere comer...

SUSANA (Apoyada en el brazo del sillón.) Ya nos vamos, para que puedan ustedes comer tranquilos.

GRIVET Bueno... Ahora... ¿una partida esta noche? Gracias, pero no es posible; ya sabe

usted mis costumbres. Hoy no, el jueves... el jueves prometo...

MICHOD ¡Si no le dicé á usted nada! Voy á ver si á mí, que me conoce más... (Acercándose á mirarla, Michod le hace señas, queriendo también expresarse con los ojos; todos atienden. Lorenzo y Teresa quedan aparte.)

LORENZO (Aparte á Teresa.) Me da miedo. Tenías razón. Hay en sus ojos algo terrible.

MICHOD Vean ustedes ahora. Mira como si quisiera decirme algo... ¿Señora Raquin?... Atiende, vaya si atiende... Si hallara un medio...

SUSANA Se anima; no hay duda.

MICHOD Si hallara un medio... (A Lorenzo, que se acerca.) Fijese usted, Lorenzo, de qué manera mira.

LORENZO No hay nada extraordinario en sus ojos.

SUSANA Acérquese, Teresa. Usted que tiene costumbre de tratarla...

MICHOD Acaso usted comprenda... Sin duda quiere indicarnos alguna cosa.

TERESA (Acercándose y sosteniendo con dificultad la mirada de la Sra. Raquin.) No. Está como siempre. ¿Quiere usted algo?... Nada, nada; como siempre.

GRIVET Pide la comida; no lo duden ustedes. ¿Vámonos?

MICHOD VÁMONOS. (Los dos se apartan. Susana sigue con los ojos puestos en la señora Raquin.)

SUSANA ¡Miren! ¡Miren ustedes!

MICHOD ¿Qué?

SUSANA ¡Mueve los dedos! (Michod y Grivet, con una exclamación de sorpresa, vuelven deprisa junto a la señora Raquin. Lorenzo y Teresa hacen un movimiento que revela su terror.)

TERESA (Aparte á Lorenzo) ¡Estamos perdidos!

M'CHOD (A la señora Raquin.) ¡Bien! ¡Muy bien! Ya mueve los dedos; ya levanta la mano... Voluntad... ¡Arriba! (Después de varios tanteos, la señora Raquin consigue poner la mano sobre la mesa.)

GRIVET ¡Ha puesto la mano sobre la mesa!

TERESA (Aparte á Lorenzo.) ¡Resucita! La vida vuelve...

LORENZO Las manos... ¡Ah! ¡Si las manos hablaran!... Pero no, no es posible.

SUSANA ¡Hace letras con el dedo!

GRIVET Escribe, sí. Acaba de trazar una T mayúscula.

TERESA (Aparte á Lorenzo.) ¡Las manos hablan ya, Lorenzo!

SUSANA Quiere decir «Teresa».

MICHOD Sí, Teresa. Y continúa...

LORENZO (Aparte á Teresa.) ¡Mano vengadora! Sale del sepulcro para maldecirnos. (Sacando del bolsillo una navaja.) Yo la clavaré...

TERESA (Contentándole.) ¡Por piedad!... ¡No te descubras!... ¡No me pierdas!

GRIVET ¡Se detiene!

MICHOD ¡Un esfuerzo! (La señora Raquin, mira fijamente á Teresa y Lorenzo. Después, vuelve la cabeza lentamente, mirando á los demás; deja resbalar sobre

la mesa su mano, que vuelve á caer sobre sus rodillas.)
¡Ah! Se ha cansado.

SUSANA (Tocándole la mano.) Ya vuelve á ser de piedra.

TERESA (Aparte á Lorenzo.) Nuestro castigo... Lorenzo... ¡qué angustia!

LORENZO (Aparte á Teresa.) Cuidado... no caigas!.. Apóyate bien... Yo me ahogo...

GRIVET ¡Qué lástima! ¡No haber podido acabar la frase!

M. CHOD ¿Qué nos querría decir?

SUSANA Que Teresa y Lorenzo, la cuidan muy bien.

MICHOD Su bondad merece recompensa en este mundo y en el otro.

GRIVET Con su amor, tienen bastante para ser felices... En el barrio les llaman Romeo y Julieta. (Sale Teresa por la puerta del fondo, izquierda.)

MICHOD Yo hice la boda. Tengo muy buena mano para matrimonios. Vaya; dejémosles comer. (A la señora Raquin.) Paciencia y confianza. ¡Hoy mueve los dedos; mañana el brazo; y cualquier día, se levanta y se pone á correr!

SUSANA Hasta mañana, Teresa.

GRIVET (A la señora Raquin.) Valor; esto adelanta mucho. Prometo venir á jugar el jueves. Nosotros contra Michod. ¡Buena paliza le daremos! (Vuelve Teresa trayendo la sobera.) Ahora le servirán la comida. ¡Bien lo está deseando! (A Lorenzo.) Adios, Romeo. (A Teresa.) Adios, Julieta... Vamos.

ESCENA VI

LORENZO, TERESA y la SEÑORA RAQUIN
Durante esta escena, el semblante de la señora Raquin revela los sufrimientos que la preocupan: la cólera, el horror, el goce cruel de una venganza implacable. No aparta los ojos de Lorenzo y Teresa

LORENZO ¡Quiso delatarnos!

TERESA Cállate; no le digas nada. (Sirve la sopa en el plato de Lorenzo y en el suyo.)

LORENZO (Sentándose á la mesa.) Si pudiese hablar, no tendría lástima de nosotros. ¿Has visto como nos miraban Michod y Grivet? ¿Como sonreían maliciosamente? Al fin, lo averiguarán todo... ¡Y de que modo nos ha llamado Romeo y Julietal... Es terrible, si-niestro, ese imbécil.

TERESA Cállate, no aumentes con una sombra más nuestros horrores.

LORENZO Cuando sonrío, con su cara estúpida, parece que amenaza... Desconfiemos de las gentes que se fingen tontos para indagar mejor. Estoy seguro de que saben algo.

TERESA No; no deben saber nada. Su tranquilidad inocente nos horroriza: nuestra inquietud puede vendernos. (Se sienta á la mesa.) Háblame de otra cosa. Estando ella delante, deberíamos tener distintas conversaciones... ¡Lo mismo; siempre lo mismo!

LORENZO No me has puesto cuchara... (Teresa se levanta, le trae la cuchara, vuelve á sentarse y

come.) ¿No le das la comida? (Toma una cucharada de sopa.)

TERESA Sí; cuando yo acabe la sopa.

LORENZO No vale nada esta sopa; echaste la sal á puñados. (Apartando bruscamente el plato y tirando la cuchara.) Parece que lo haces expresamente: ya sabes que no puedo sufrir la sal.

TERESA Lorenzo, por favor, no provoques disgustos. La emoción, el miedo... No sé lo que me pasa...

LORENZO ¡Eso! Ahora el papel de víctima, y no haces más que pincharme.

TERESA ¿Quieres que riñamos?

LORENZO Eres tú la que provocas, y quiero que me hables en otro tono.

TERESA ¡Bien! (Apartando el plato violentamente.) ¡Ya te saliste con la tuya! En lugar de comer tranquilamente nos despedazaremos, y la parálitica nos verá. Es una diversión que le proporcionamos todos los días.

LORENZO Tú buscas las palabras que me hacen daño; y como padeces, gozas viéndome padecer más.

TERESA El más ridículo pretexto, la menor impaciencia, todo te lanza en contra mía. Di la verdad; cansas tus nervios de propósito en estas disputas, para poder dormir...

LORENZO Nunca duermo de noche, y tú no duermes tampoco.

TERESA ¡Qué agonía! ¡De noche le veo siempre!

LORENZO ¿Tendré yo la culpa?

TERESA ¡Miserable!

LORENZO ¿Ves? Me insultas, me provocas, deseando reñir.

TERESA Te odio... Por tí padezco... ¡Tú le mataste!

LORENZO ¡Calla! Y no mientas... ¡La verdad! .. ¿Quieres que te repita la verdad?

TERESA ¡Tú eres un asesino!

LORENZO ¿Y tú? La idea criminal fué tuya...

TERESA ¿Mía? ¿Mía?

LORENZO Sí; ¡tuya! Necesito que aceptes la complicidad... Eso me tranquiliza...

TERESA ¡Yo no maté á Camilo!

LORENZO Sí; ¡los dos! Tú consentiste, me animaste...

TERESA ¡Mentira! ¡Estaba local!

LORENZO Cuando volcamos la barca te agarraste á mí, viéndole morir como un perro.

TERESA ¡Mentira! Tú le mataste.

LORENZO Y en coche, al volver... me cogiste las manos... ¡Me abrasabas el corazón!

TERESA ¡Mentira!

LORENZO ¡Oh! ¡No quiere recordarlo! ¡Aquí mismo, tus caricias me perdieron! Tú me impulsabas; yo vivía como un hombre honrado; no era capaz de hacer daño á nadie.

TERESA Tú mataste á Camilo.

LORENZO Yo era prudente, bondadoso; aun tiemblo ante una sombra como un cobarde. ¿Qué hiciste de mí? Hoy mismo no comprendo como pude atreverme... ¡Tú me impulsa-

bas!... (Pónese de pie.) No duermo, y los delirios me acosan... los jueces... la gillotina... ¡Teresa!... No disimules... De noche, tus dientes rechinan con horror. ¡Bien sabes que si volviese Camilo serían para tí las primeras acusaciones!

TERESA (Levantándose.) ¡No lo digas! ¡No mientas!

LORENZO ¿Rechazas tu parte de culpa? Estoy harto de sufrir. (Coge el sombrero.) Lo confesaré todo á la policía... y, á ver qué pensarán los jueces de tu inocencia.

TERESA No me asustas. Vamos, y siempre seré yo quien tenga que decirlo todo.

LORENZO A nadie necesito.

TERESA Cuando te faltan razones, amenazas... ¡Amenazas á mí! ¡Andando!

LORENZO Como quieras. Los dos juntos. (Van muy decididos hasta la escalera de caracol. Apoyado en el pasamano, se detiene Lorenzo.) ¡No me atrevo!

TERESA ¡Cobardel! (Vuelven al proscenio, ella siguiéndole.)

LORENZO ¡No me atrevo!

TERESA ¡Más débil que yo! No me defiendes contra el recuerdo... No sabes olvidar.

LORENZO ¡Por favor! ¡Confíesame que fuiste culpable!

TERESA Culpable... Si quieres, más culpable que tú...

LORENZO Mira... (Sacando del bolsillo un frasquito y vaciándolo en un vaso.) La salvación... La última esperanza...

TERESA ¡Un veneno! Tú no eres capaz...

LORENZO ¡Calla, calla! ¡Qué infernal invención es el remordimiento! A todas horas me aparece Camilo. Quise ocupar su puesto, y el se apodera de mí. El pensamiento, la voluntad... lo invade todo... Soy él... Su esposa y su lecho y su mesa y su cobardía... Soy Camilo. ¡Camilo!

TERESA ¡Qué tormento! ¡No le recuerdes más! ¡Olvida, olvida! Esa es la salvación.

LORENZO Hablo como él, río como él, temo como él... Voy á mirarme, para convencerme... ¡y le veo á él!

TERESA ¡Horrible castigo!

LORENZO ¡Vete; huye de mí! ¡No me vuelvas loco! ¡Aparta! (La sacude y la empuja. Ella cae de rodillas cerca de la señora Raquin.)

TERESA ¡Mátame como á él! ¡Eres un monstruo! Mátame. Acabemos. (Lorenzo se aparta. La señora Raquin logra empujar un cuchillo, que cae al suelo junto á Teresa. Esta mira el cuchillo, y luego clavó los ojos en la señora Raquin.) Sus ojos brillan; se alegran y amenazan. Ya entiendo lo que me quiere decir. Es un cobarde... Sin él yo viviría tranquilamente... Me señala el cuchillo, sí... El mató al otro; yo he de matar á Lorenzo. (se levanta con el cuchillo en la mano.)

LORENZO ¡Ese cuchillo!... (Quitándoselo; ella no resiste.) ¡La misma tortura; el mismo pensamiento!

TERESA ¡Que nos vea morir!

LORENZO Se anima, se mueve...

TERESA Hablará, no lo dudes; hablará.

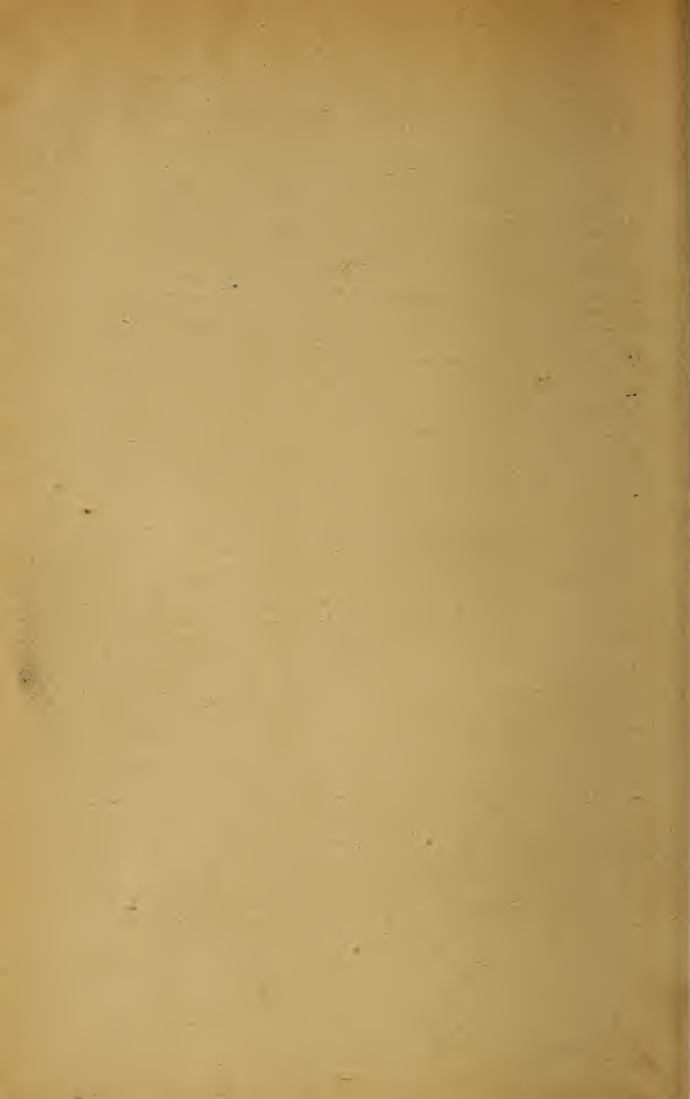
LORENZO Yo lo impediré. (Abalanzándose furioso hacia la señora Raquin, retrocede asustado al ver cómo la señora Raquin levanta los brazos haciendo un esfuerzo supremo.)

SRA. RAQUIN ¡A... se... sí... no!...

TERESA (Fascinada por el grito de la señora Raquin.) ¡Asesino! ¡Ah! ¡Valor!... Mira, Lorenzo... (Bebe de un sorbo el veneno del vaso.) ¡Cobarde! (Cae y muere.)

LORENZO (Después de permanecer mudo, aterrado, imbécil, por la impresión que le hizo la palabra de la señora Raquin.) ¡Asesino!... ¡Asesino!... Mi cerebro estalla... Todos me persiguen... ¡Asesino!... ¡Asesino! Todos me nombran... Y aunque todos callaran... ¡la muerte de Teresa me acusa! El remordimiento es peor que la muerte... ¡Y no sé morir! (Llorando y rugiendo se golpea.) ¡Cobarde! ¡Cobarde! (Desesperándose, rabioso, cae junto al cuerpo inmóvil de Teresa.)

FIN DEL DRAMA



OBRAS DE LUIS RUIZ Y CONTRERAS



Dramaturgia castellana (Jubera, Madrid).

Palabras y plumas (López, Barcelona).

Novelas infantiles (Garnier, París).

Desde la platea.

De guante blanco.

Tres moradas.

Historias crueles.

De Amor.

TEATRO

La señora baronesa (c. 3 a. p.)

Los vencidos (d. 3 a. p.)

El pedestal (c. 3 a. p.)

Los padres y los hijos (d. 3 a. p.)

Pródigo (d. 4 a. p.)

Las mujeres de mármol (traducción).

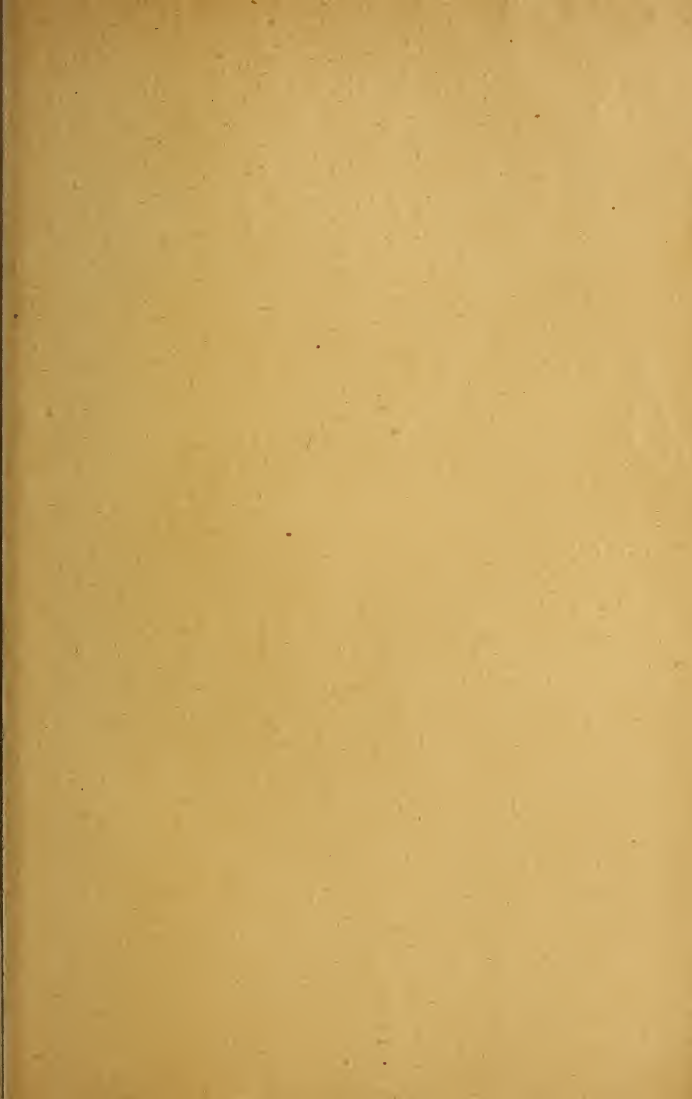
La Condesa Romani (traducción).

Teresa Raquin (traducción).

El pato silvestre (traducción).

Claudia (traducción).

VIUQDA 18 1827



OBRAS DE LUIS RUIZ Y CONTRERAS



Dramaturgia castellana (Jubera, Madrid).

Palabras y plumas (López, Barcelona).

Novelas infantiles (Garnier, París).

Desde la platea.

De guante blanco.

Tres moradas.

Historias crueles.

De Amor.

TEATRO



La señora baronesa (c. 3 a. p.)

Los vencidos (d. 3 a. p.)

El pedestal (c. 3 a. p.)

Los padres y los hijos (d. 3 a. p.)

Pródigo (d. 4 a. p.)

Las mujeres de mármol (traducción).

La condesa Romani (traducción).

Teresa Raquin (traducción.)

El pato silvestre (traducción.)

Claudia (traducción.)